

los tiempos de antaño á los venturosos que alcanzamos.

Conquistas, batallas, guerras civiles,—¡pues y este golpe de llamar civil á la guerra, y soltarse cada linternazo que canta el credo!—conspiraciones, subidas y caídas, idas y venidas, dimes y diretes, todo esto no es más que una série de inocentadas más ó ménos lamentables.

Concretémonos á lo presente, y hablemos de nosotros, es decir, de España, y de nuestros hombres, y nuestras costumbres, y dejemos á los de fuera que hagan todas las inocentadas que se les antojen.

España es el país de los inocentes.

No se ofendan VV., amados paisanos nuestros, que, si bien se mira, les hacemos un favor y un disfavor.

La inocencia supone bondad, ignorancia de lo malo, así como en el lenguaje moderno supone tontería, grandes tragaderas, y facilidad de mamarse el dedo, como dijo también el otro, que es el que mejores cosas ha dicho en todo tiempo.

Empecemos por los ministros.

¿Dónde han visto VV. inocentes que más lo sean que los que son ministros en España?

Ellos se lo creen todo, ellos se fían de los amigos, ellos creen lo que dicen los periódicos, y se figuran que cualquier chisgaravís que escribe en uno de esos papeles públicos puede ponerles las peras á cuarto.

Que no tenga nn ministro empleos que repartir, y verá cuántos amigos tiene; que haga todo lo que es conveniente y beneficioso al ilustrado público, y ya

verá el efecto que causan los artículos que se le disparen.

Queda, pues, sentado, ó en pié,—que al fin estamos delante de los ministros,—que estos señores son unos inocentes.

Si el guardian juega á los naipes, ¿qué harán los frailes?

Si los ministros son inocentes, ¿qué hemos de ser los demás?...

¿No es un inocentón el personaje que, sin saber por qué, se halla elegido académico, y el mejor día escribe un documento importante como pudiera hacerlo un memorialista?

¿No se acreditan de inocentes los que le han elegido?

¿Y no somos archi-inocentes los que creemos que sabe más ese académico que nosotros?

Díganme VV. si hay más inocencia que la de un hombre que puede escribir novelas, ó comedias, ó historias, ó libros de cocina, ó silabarios, y se está tan ufano revolviendo expedientes, é interviniendo en una infinidad de asuntos que no le importan, y expuesto á que todos los días le crujan á sueltos y gacetillas los periódicos, y le abrumen á peticiones todos sus deudos, amigos, enemigos, testamentarios y bienhechores.

Pues si ese señor es un inocente, ¿qué será el que teniendo el riñón bien cubierto y la mujer guapa, se mete en belenes, y anda por ahí bebiendo los vientos por figurar en la cosa pública y decir cada tontería que el mundo se ría de él á carcajadas?...

Si fuera un sábio, un hombre capaz de decir y

hacer tales cosas, que todos le hubiéramos de merecer la felicidad más completa, santo y bueno; pero si es un tonto, si no sabe dónde tiene la mano derecha, si no sirve mas que de estorbo, ¿quién demonios le mete en la renta del escusado, como tambien dijo el otro?...

¿No es un inocente el que habiendo seguido una carrera, cuando la concluye da media vuelta y se va por otro camino, por el que no le llama Dios, sino el demonio?...

Médico hay que en vez de curar enfermos, que acaso no tienen médico, quiere curar á la patria, que con tantos médicos cuenta.

Boticarios hay que en lugar de estar allá en la trastienda haciendo pildoritas, ó pomada de rosa para el pelo, ó unguento para los sabañones, se les ve por ahí pretendiendo que traguemos píldoras que no están clasificadas en ningun libro de farmacia, y dando jabon á quien les puede empingorotar, y haciendo cada emplasto en los asuntos que se les confian, que no haria otro tanto el hombre más dejado de la mano de Dios.

¿No es un inocente sobre todo encarecimiento quien prefiere en literatura *La monja sangrienta* y *La Inquisicion y los frailes*, á los *Cuentos de color de rosa*, de Trueba, y á *Clemencia*, de Fernan Caballero, y al *Bálsamo de las penas*, de Angela Grassi?

Inocente en grado superlativo es el habieca que se perfila, y se engalana, y se encorsela, y se pinta, y se revoca, creyendo que hace un efecto sorprendente donde quiera que se presenta, y que se mueren de amor por él las mujeres y de envidia los hombres.



Las mujeres le toleran y le oyen porque huele bien, y porque las habla el lenguaje inocenton y soporífero de la adulacion, y porque tiene aspecto de hombre, y hechos y dichos y bachillerías de mujer coquetona, curiosa, y chismosa, y maldiciente. Los hombres le toleran porque son inocentes.

¡Qué inocencia tan grande la del escritorzuelo que va mendigando elogios de periódico en periódico, y escribe obrillas que nadie compra, que nadie lee, y que el inocente que tiene la desgracia de leerlas arroja con enojo, exclamando:—«¡Válgame Dios! ¡qué pobre hombre es el autor!»—Y éste tan ufano, con las gacetillas que él mismo se ha escrito, archivadas en su mesa, y dispuesto á presentarlas el mejor día como prueba de sus méritos para que le den una breva, —y no de la vuelta abajo, —con que ir pasando esta vida miserable, y alimentando la ilusion que le sonrie de que, cuando la muerte cargue con él, han de levantarle una estatua en cada kiosco de Madrid, y han de grabar su nombre en todas las Casas Consistoriales de España, y hasta en las cañerías del gas.

Para inocencia la de mi amigo Amadeo: es el tal un muchacho que tendrá treinta y ocho años el día de San Silvestre, y no tiene mas que lo que gana traduciendo á real el pliego, ó copiando documentos que le confían los particulares, ó llevando las cuentas á una modista con casa abierta. Mi pobre amigo es el hombre más servicial del mundo, se desvive por sus amigos y hasta por sus conocidos, no se le oye nunca hablar ni tanto así en descrédito del prójimo, se alegra de la prosperidad y adelantamiento de todo el



mundo, y en cuanto sabe que al vecino le ha sucedido una desgracia se aflige el pobrecillo de una manera que habla muy alto en pró de su sensibilidad. Amigo y compañero de escuela y Universidad de la mayor parte de los personajes que hoy están en candelero, él es el único que no se ha podido levantar una línea siquiera; él ha asistido con la risa en los labios y la alegría en el corazón á los triunfos de todos esos personajes; siendo regular poeta, se ha ocupado únicamente en componer sonetos, y odas y loas, celebrando ya la subida de uno al ministerio, ya el casamiento del otro, ya el fruto de bendición de este, ya la gran cruz ó la grandeza de España de aquel.... literatura completamente estéril para él, pues ni honra ni provecho le ha dado. Es el hombre que más abrazos ha recibido, como que todos le quieren y todos le manifiestan afecto de la manera más ostensible y entusiasta; pero toda su bondad, todo su amor al prójimo nunca ha merecido mas que abrazos y protestas de firme entrañable cariño. Una vez le dieron un destino, que, sin saberlo él, le habían quitado á un padre de familia. Ya estaba Amadeo tan contento y tan agradecido; pero la misma noche en que iba á dar gracias al ministro, y á leerle un poema que le dedicaba, en una callejuela sombría salióle al encuentro el padre de familia cesante, —el padre, no la familia, —y le dijo con un revolver en la mano: —«Si toma V. posesion del destino que yo he desempeñado, le pego á V. seis tiros con mucho salero.»—¿Qué creerán VV. que hizo mi amigo?... ¿Llamar á los guardias?... ¿Acudir al juez de primera instancia?...

¿Saltar un ojo á aquel padre de familia incivil?... Nó, señores, lo que hizo fué ir á ver al ministro, y suplicarle por Dios y por todos los santos, y hasta de rodillas, que repusiera en su empleo al cesante. Desde entónces éste es su mayor amigo, y muchas veces le ha dicho que por él se tiraria de la veleta de la torre de Santa Cruz abajo; mi amigo Amadeo no le ha exigido jamás semejante prueba de amistad, pero le ha pedido un duro en dos ocasiones, y precisamente el agradecido padre de familia no ha podido ni en una ni en otra servirle....

Las mujeres han jugado con el pobre Amadeo á la pelota. Por ellas se ha quedado en camisa varias veces, por acompañarlas á deshora á la salida de los bailes le han robado cuatro ó cinco veces los rateros nocturnos; una vez que quiso hacer el calavera, y subió por un balcon á ver á cierta dama de cuenta, un sargento de caballeria le arrimó un sablazo que le tuvo dos meses con la cabeza abierta; y por último, decidido á casarse para dejarse de aventuras y sobresaltos, se unió en indisoluble vínculo con la criada de su casa, mujer zafia y vulgarota, que le da malas razones, desazones y torniscones.... Y aun dice el desdichado que no ha tenido poca fortuna en hallar mujer que no tiene otro defecto que ser deslenguada, fea, arisca, insolente, embustera y puerca.

Amadeo no tiene mas que una pena, como el dice, la de no tener algunos millones para dar de ellos á todo el mundo y dotar huérfanas que lo hubieran menester, y prohijar chicos ajenos, y prestar dinero al Gobierno.

Para que vean VV. si es inocente mi amigo Amadeo, hasta del Gobierno se compadece.

Pues ¿dónde me dejan VV. á Teodorita? ¿á mi amiga Teodorita, una muchacha que el año 12 era un sol, y hoy es una nube?... La pobre ha sido siempre tan sensible. que no ha habido pollo ni gallo, pavo ni avestruz que la haya dicho algo, á quien ella no haya dicho que sí.—Toda su vida ha estado enamorada la infelíz, toda la vida sobresaltada, y ojerosa, y llena de inquietudes.... Y la inocente ha llegado á los tiempos presentes sin un mal marido siquiera, y reducida á cuatro reales de orfandad, y á pelear con tres huéspedes, de quienes está platónicamente enamorada.

Pero ninguna tan inocente como doña Mariquita, una viuda de un juez de primera instancia, con tres hijas, que sin ser maravillas de hermosura, son unas chicas á quienes se les puede decir algo, y aun algunos. Doña Mariquita es una vieja asquerosa, flatulenta y pegajosa, que ni el mismo demonio la puede sufrir. A su casa van muchos señoritos, que la miman, y la contemplan, y la convidan en todas las solemnidades, y la llevan al baile, y al teatro, y al café.... El lector adivina por qué la obsequian de esta manera; pero ella, que es más inocente que un marmolillo, se figura que lo hacen por las simpatías que inspira y por el don de gentes que dice que Dios le ha dado.

Inocente más que todos los inocentes es don Torcuato, que logra un empleo, gracias á un ministro amigo, y al momento pone casa, y se hace mucha ropa, y se casa, y toma dinero á cuenta de su paga, y se



manda hacer trescientas de tarjetas, con su nombre y su empleo, suponiendo que el empleo le va á durar por los siglos de los siglos, y al mes hay crisis, cae su amigo el ministro, se hace arreglo en la oficina, y él se queda con mujer, criada, casa, ropa, tarjetas, deudas y sin empleo; total, sin comer.

La inocencia heroica, épica, es la de los lectores de artículos de fondo de periódicos escritos por empleados de hoy ó por empleados de ayer ó de mañana, en cuyos artículos defiende cada cual á quien le ha dado ó le ha de dar algun día 50, 40 ó 50,000 realitos; el inocente que, sin comerlo ni beberlo, juzga de los hombres y de las cosas, sirviéndole de norma para apreciar el mérito de unos y la importancia de las otras, el juicio siempre *desinteresado* de ciertos periódicos, bien puede decir que está en el limbo, ó en Belen con los pastores, ó en Babia.

Digan VV., ¿y el pobre industrial, el artista, el tendero, el choricero, el tío Juan, aquel que tiene el cajon en la plazuela, todos los que viven de su trabajo, y si no trabajan no viven, y se meten en trifulcas, y salen por ahí gritando para que los peguen un zambombazo, y luego se quedan como estaban, con las mismas contribuciones, igualmente atendidos, tal vez sin dinero y con alguna señal para toda su vida?... ¿Cómo llamaremos á estos apreciables individuos?... Inocentes de solemnidad.

Yo tengo un amigo que entre los inocentes merece un lugar muy distinguido. Es el tal mi amigo, un hombre que está siempre de mal humor, y siempre rabiando. Se levanta, y riñe con su mujer primero, por

cualquier cosa, porque no encuentra las zapatillas, porque el gorro de dormir le hace una arruga en la punta; luego riñe con la criada, porque ésta le presenta helada el agua cuando se la pide para afeitarse. Sale á la calle, y tropieza con todo el mundo, y á todo el mundo insulta, y pega y le pegan: entra en el café, y no halla cosa que le cuadre, y un día sí y otro también tira vasos y platos á la cabeza del mozo, y va al mostrador, y pone de vuelta y media á la dueña del café, y sale á buscar á los guardias veteranos para que lleven á todo el mundo á la cárcel bajo su responsabilidad. Le han vestido todos los sastres de Madrid, y con todos ha salido poco ménos que á bofetones. Es empleado, y reniega de su empleo, y una vez que le dejaron cesante, al despedirse de sus compañeros de oficina, dió un puntapié á un portero, y juró hacer algo más con el ministro, cosa que no hizo al fin, no por falta de voluntad, sino porque el ministro necesitó de sus servicios en unas elecciones, y le envió con ascenso no sé á dónde. A su casa no va nadie; su mujer no habla con nadie mas que con el repartidor de *La Esperanza*, único periódico á que está suscrito su esposo, y no sé para qué está suscrito, porque cada vez que lee un número de aquel diario realiston y carliston, se pone hecho una furia, y lo rompe, y se desata en denuestos contra los redactores, que si acertaran á pasar entónces por delante de su amable suscritor, puede que no salieran muy bien parados y sacaran algún chichon en la cabeza ó en otro sitio. ¿Y por qué está suscrito á un periódico que le disgusta? preguntará el perspicaz lector. Por eso mismo, porque le disgusta, y

le subleva, y le enciende la sangre; porque mi hombre no puede vivir sin estar siempre de mal talante; porque no se encuentra bien sino cuando le dan bascas, y echa espumarajos por la boca y se pega de bofetones, á falta de otra segunda ó tercera persona á quien pegárselos, porque ese es su genio, y, como él dice, genio y figura, hasta la sepultura....

¿Quieren VV. que les presente otros inocentes?... ¿Para qué?... Sería preciso para eso que este artículo constará lo menos de 500 páginas, y sería una inocentada regalar á VV. tanto papel, y mayor inocentada suponer que VV. no han de cansarse con la lectura de estas inocentadas....

Repito que el mundo está lleno de inocentes, que desde ministro abajo estamos todos en Belen.... sin los pastores, que el soltero por soltero, el casado por casado, y el guapo, y el feo, y la doncella tímida y asustadiza, y la jamona cotorrón y colmilluda, y el general echado para adelante, y el echado para atrás, y el que ríe, y el que llora, el que todo lo tiene y el que de todo carece, y todos, para acabar pronto, nos dejamos engañar como chinos á todas horas por cualquiera más tonto ó más inocente que todos....





---

## UN OCHAVO DE FILOSOFÍA.

---

¿A que no sabe V. á quien envidia yo?...

—¿Al ministro que pone y quita, que concede y niega, que manda y cobra, que se ve elevado á los cuernos de la luna por los periódicos que, con el mayor desinterés por supuesto, son ministeriales, y arrastrado por los suelos por los que con igual abnegacion, y atentos solo al bien de la patria, le hacen la oposicion, que va de balde al teatro Real, y goza del uso de uniforme, sin charreteras, y tiene 16 millones y pico de españoles pendientes de su boca,—que ya es peso, aun para un ministro?—

—Nó, señor; más que todas esas ventajas y preeminencias estimo yo la tranquilidad de mi casa,—y de V.,—y la oscuridad de mi nombre, y la diversion que me procuro por seis ú ocho reales en la galería de un teatro, donde se represente una comedia que me produzca dolor de muelas, á fuerza de reirme, con la comedia

ó del autor, ó la que tengo en mi casa de balde, cuando ato un papel con un hilo, y hago dar tras él vueltas y revueltas al gato, que lo persigue con el mismo afán con que un pretendiente sigue el hilo del destino, y mi modesta levita, y mi gaban hermoso, comprado en la ropería, y mis chanclos, que cuando llueve son mi coche, y mi pucherito con sus garbanzos, sus patatas, su jamon y otras menudencias igualmente sabrosas y saludables, y el honesto entretenimiento de emborronar cuartillas, así, en prosa sencilla y hasta vulgarota, que merezca el desden de los necios, y la entienda perfectísimamente el vulgo, compuesto por la mayoría del público, sin que dejen de apreciarla las personas ilustradas y formales que no se huelgan de asistir á esas luchas personalísimas cuyo palenque son los sábios periódicos de la córte, luchas en las que toda clase de armas se emplea desde la más noble y cortés hasta la más prohibida, y en las que la victoria da derecho á un pedazo de pan, que miéntras dura, vida y dulzura....

—¿Al feliz mortal que obtiene un premio de los grandes de la lotería, juego que el Gobierno, siempre moral y paternal, sostiene con tan buena fortuna, y haciendo bueno aquel axioma de que de Enero á Enero el dinero es del banquero?....

—Nó, señor; más que 15 ó 20,000 duros que pudiera darme la chiripa de la lotería, y que podrian entontecerme, envaneciéndome, y desvaneciéndome, y procurarme gran número de amigos, que empezarian por hacerme el amor á mí mismo, y luego á mi dinero, y acaso luego á mi mujer, estimó yo la lotería del tra-

bajo, en la que es seguro el premio, y para obtenerlo no se necesita mas que buena voluntad.

—¿Al seductor de oficio, que anda siempre persiguiendo hembras, y aspira á la fama de calavera, hombre de mundo y conquistador, y se ufana con las envidias que despiertan sus triunfos, reales ó fingidos, y es maestro en la tecnología insípida, ridícula y necia de eso que se llama buen tono, y que no pasa de ser una tontería, y se rie de los maridos, por supuesto cuando éstos no le oyen, y anda siempre huyendo de ellos, y quizá se encuentra el mejor dia con uno que le rompe las narices con muchísima gracia?...

—Nó, señor; no me place hacer llorar á las mujeres y reir á los hombres, no puedo hablar media hora, ni un cuarto, de insipideces y necedades, no puedo fingir lo que no siento, y tengo muchísimo miedo á la pena del Talion, y estimo en mucho mi decoro para ser un saltimbanqui del amor, y me halaga muy poco el aplauso de los necios y de las viejas cotorronas, y de las casadas y viudas que tienen los cascos á la gineta.

—¿Al grande hombre de poco acá, que ayer no tenia mas que 30 dias al mes, y hoy, por medio de no sé qué combinaciones, tiene dinero, ó lo aparenta por lo ménos, y no encontrando ayer quien, conociéndole, le prestara una peseta, encuentra hoy quien deposite en sus manos las economías del trabajo, y el patrimonio de los hijos, y la dote de la esposa, y no habiendo ayer en el mundo quien por él velara, se ufana hoy con un consejo de vigilancia compuesto de personas de campanillas, capaces de inspirar confianza al zorro más astuto y receloso?...



—Nó, señor; no he sido nunca aficionado á cuidar de lo ajeno, ni á administrar lo que no es mio y muy mio, ni entiendo yo ese teje maneje de eso que se llama crédito, y tengo horror á la banca, aunque no sea mas que porque es hembra de Banco, y porque ese nombre tiene tambien su triste horrible significacion en el juego del monte, que tantos estragos hace en el llano.

—¿Al escritor mordaz y osado que sin títulos ni merecimientos malgasta su inteligencia en duros ataques contra fundadas y respetables reputaciones, y acomete con un ardor digno de mejor empleo á quien logra ó merece más que él, y se engríe con el aplauso de los necios y los envidiosos?...

—Nó, señor; yo tengo muchísimo respeto á todo hijo de vecino, y conozco perfectamente que no porque diga que Fulano no ha inventado la pólvora, podré atribuirme yo la invencion; y sé que las personas sensatas, cuya estimacion es para mí la de más precio, tienen en poco á quien solo se ocupa en zaherir al prójimo y soy demasiado buen cristiano para desear al prójimo lo que mismo no me deseo.

—¿Al que era ayer un *quidam* y hoy es por arte del demonio, que debe ser quien tales milagros hace, un hombre público de gran talla, que no se contenta con ménos que con un Gobierno de provincia, y aun no le parece todo lo que merece, y á los mismos á quienes ayer pidió dos pesetas para comer desconoce y desdeña hoy, y come y bebe, juega y pierde, y vive sobre el país, sin que el país sepa cómo, ni se le conozcan bienes de ningun género?...

—Nó, señor; no tengo yo el carácter que se necesita para sufrir con la sonrisa en los labios desaires y humillaciones, ni para adular y agasajar y bailar el agua á ningun renegado personaje, que me trate como al criado que le limpia las botas, sin más diferencia que la de que en vez de pagarme con un salario, me paga con un destino; no tengo tampoco osadía suficiente para hablar de lo que no entiendo, ni me atreveria en mi vida á pretender que merezco un destino para cuyo desempeño podria darme lecciones el último de los escribientes meritorios temporeros de la oficina de que me hicieran jefe.

—¿Al gran capitalista que emprende obras colosales que, como si poseyera una varita mágica, hace brotar dinero de todas partes, y de todas partes se le viene á la mano?...

—Nó, señor; no tengo yo cabeza ni hombros bastante firmes para sostener el peso de ferro-carriles, carreteras, teatros, casas, mercados, amores, periódicos y cien mil cosas más, capaces cada una sola de marear á cualquiera, ni me siento con bastante abnegacion para recoger gran cosecha de envidias é ingraticudes.

—Pero ¿á quién envidia V? dirá el lector.—Acabe V. de reventar y dénos la solucion del enigma.

—A eso voy, amigo lector, que bastante paciencia ha tenido V. si hasta aquí ha llegado. A quien yo envidio es al nieto del nieto del nieto de tu nieto, que si es hombre de gusto, se reirá grandemente de nosotros, de los hombres y de las cosas del siglo de las luces.

---

## LOS EMPLEOS.

---

La inmoralidad en la provision de los empleos públicos es el vicio principal de los muchos que tiene esa dama aventurera, coquetona, remilgada y embustera que se llama la *política*.

Todo el mundo pide empleos á la política, y la política se los da á todo el mundo.

La política es una señora de muy buena familia, pero echada á perder de una manera lastimosa por las contemplaciones de su tutor y curador el presupuesto, que es un viejo verde, gastador, derrochador y vicioso.

Amantes desinteresados no los tiene la política, y como ella no puede pasarse sin amantes, tiene que comprarlos; así hay tantos que la quieran, tantos que la requiebren, aunque ya es jamona, y está bastante ajada, y estropeada, y asandereada, y traída y llevada, pero por dinero baila el perro, y más que el perro el hombre, y sobre todo, el presupuestívoro....



Todo el mundo quiere hoy ser empleado.

A ese fin se dirigen los esfuerzos de todos, y esa es la esperanza de la mayor parte.

Apénas ve un padre amante á su hijo recién nacido en manos del comadron, que le está poniendo la faja,—y no de general,— ó el fajin,— y no de brigadier,—ya está pensando en su tío el consejero, ó en el primo de su mujer, el ministro, ó en su amigo don Lesmes, furioso periodista, que todo el mundo dice que el mejor día ha de entrar en el Gabinete, para que en su día hagan algo por el niño, y le den la mano, y le ayuden á meter la cabeza en las oficinas del Estado.

Sale un muchacho holgazan y desaplicado, no le entran las matemáticas ni á cañonazos; por más que asiste á la clase de geografía, no puede dar razón de si París está en Francia ó Francia en París; por más que oye las explicaciones de Etica, cree que no hay más ética que una prima suya que se murió á la caída de la hoja; y la química se le atraganta. y la historia se le indigesta; reprüébanle en los exámenes; su padre se convence al cabo de que pretender que su hijo estudie es tan inútil como lavar la cara á un ju-mento, y échase á discurrir cómo y dónde le colocará al lado de persona que por él se interese y le empuje cuando haya ocasion, y le proteja en épocas de arreglos y cambios de gobierno....

Si el padre tiene influjo, caten VV. á Periquito hecho fraile, es decir, al niño ignorante y holgazan saltando por encima de jóvenes aprovechados, estudiosos y laboriosos....

Todos los días me dice mi barbero,—mío, porque me afeita, con lo que soy yo más suyo que él mío: —«Si pudiera V. sacarme un empleo....»

No hay doncella de casa grande, ni nodriza que haya criado á algun pelon, que luego ha llegado á ser un personaje, que no tengan un primo, un sobrino, un hermano ó un demonio que por su mediacion quiera obtener un empleo....

Los que no han seguido carrera alguna, solicitan empleos; y muchos de los que han seguido alguna, los solicitan igualmente.

Cada destino en España tiene el siguiente estado mayor: Un individuo que lo desempeña, quinientos que lo han desempeñado, y mil, por lo ménos, que lo pretenden, juzgándose todos dignos, y han de ser muy modestos, del ascenso inmediato.

Estos son los que se contentan, porque no tienen otro remedio, con empleos de poca importancia, de 6,000 reales abajo por ejemplo.

Cada diputado, cada ministro, cada director y cada persona, en fin, que merece alguna representacion en la cosa pública, tiene un sinnúmero de recomendados para estos empleos, y de aquí que en todas las épocas y bajo todos los Gobiernos se hagan tantas variaciones en el personal de las dependencias del Estado, por atender á los compromisos de este y del otro y del de más allá.

Así hay tan pocos empleados que puedan ufanarse de no haber sido cesantes, suprimidos, removidos, trasladados, etc., etc.

Los empleos importantes, los que tienen el ali-

ciente de un sueldo regularcito, son objeto de muchas más ambiciones, y en ellos tienen puestos el pensamiento, los ojos, la boca y el estómago innumerables patriotas, afanosos de hacer algo por el país y de que el país haga algo por ellos.

El abogado sin clientela, el médico sin enfermos, ó sin afición á la ciencia, el boticario que no se aviene á la honrosa tarea de procurar á los dolientes los remedios que el médico receta, los calaveras que han perdido el tiempo, el dinero y los años universitarios, todos suspiran por un destino de 12, 14 15 ó 20,000 realitos, y se dedican como pueden, al logro de sus deseos. Cada persona influyente tiene una escolta compuesta de unos cuantos de estos aspirantes, y no hay más remedio que irlos colocando. que los compromisos de familia y de amistad y hasta de partido, son muy sagrados....

Estos empleos modestos debieran darse, no al recomendado de Fulano, ó al sobrinito de Zutano, ó al amigo de la mujer de Perencejo, sino á los que verdaderamente fueran dignos de obtenerlos, y una vez obtenidos, por nadie ni por nada debian ser de ellos desposeidos los que los desempeñasen, á no ser por faltas que perjudicasen al buen servicio. Así no se veria á un anciano que ha consumido su vida en el desempeño de un destino de mezquina retribucion, privado de todo recurso, sin otra razon que la de que hizo falta su puesto para algun chisgaravís que, si no tenia con qué vivir, podria dedicarse al trabajo como otros tan buenos como él. Así no habria ese ejército permanente de cesantes, unos sin sueldo y otros con



él, á quienes se condena á perpétuo humor de todos los demonios.

Y ahora deixo en paz á los empleados y cesantes de modestas aspiraciones, y me encaro con los altos funcionarios, que se llaman así porque para ellos todos los días que les dura el empleo son de funcion ó de fiesta.

Estos altos funcionarios son, amigo lector, la causa principal, principalísima, del lastimoso estado á que nos vemos reducidos, y de todos los males que han llovido y lloverán sobre los que vemos todo este trajin, todo este ir y venir, y quitar y poner, y salir y volver, todo este teje maneje, sin comerlo ni beberlo, y sin llamarnos á la parte.

Antes habia dos partidos, que hoy están partidos por el espinazo,—y VV. disimulen esta licencia prosáica;—pero ahora hay no sé cuantos partidos ó fracciones, ó grupos, cada uno con su correspondiente jefe, que aspira, no á ser ministro pelado y mondado, —¡estaria bonito un ministro mondado!—sino á ser Presidente del Consejo, y sin cartera, para evitar que se le pierda; cada uno de estos grupos tiene un periódico, con cinco ó seis redactores, que están, claro es, á *prosperar*, sin contar con los amigos del inspirador ó dueño del periódico, que están á lo mismo.

Hay, por supuesto, honrosas excepciones, hay hombres públicos, hay escritores que no piden, que no toman empleos; más para la mayoría de los hombres públicos, los destinos son ántes que los principios, y cuando hablan de éstos tienen ó esperan tener aquellos, y si no hubiera destinos, los principios estarian muy por los suelos.

Esos parásitos del presupuesto, esos invasores de las oficinas del Estado, esos altos funcionarios improvisados, que ayer no se habían distinguido en cosa alguna, y se les premia hoy como si tuviesen grandes derechos á la gratitud del país, que es el que les paga, son la causa principal de la perturbacion pública, del descrédito de los Gobiernos, del descontento del país y de la dificultad en la gestion de los asuntos que abrazan los diferentes ramos de la administracion pública.

Esos arreglos tan frecuentes, esas combinaciones, esas traslaciones de empleados que se hacen á cada momento, son resultado de pretensiones de unos ú otros; de compromisos de aquel y de exigencias de éste; y ningun bien producen, como no sea el efímero bien que recibe el que, por arte de encantamiento, se encuentra empingorotado en una posicion que, acaso acaso, ni en sus dias de más ilusiones pudo soñar que habia de conseguir.

¿Qué beneficio recibe, por ejemplo, la provincia que en un año tiene cuatro ó cinco gobernadores?...

Estos gobernadores, ¿tienen siquiera tiempo de ocuparse más que en conocer á sus subalternos y en cobrar el sueldo?

¿Pueden conocer acaso las necesidades de la provincia?

¿Qué mejoras hará en un ramo de la administracion pública un director que toma este destino para pasar á otro dentro de quince dias?

¿Tiene un periodista ciencia infusa para que se pueda suponer que, pasando de la redaccion de su pe-

riódico á un Gobierno de provincia. por ejemplo, ha de poder desde el primer día, ni desde el quinto, ni desde el vigésimo, resolver acertadamente los infinitos asuntos que se le han de presentar?...

¿Qué talento tan extraordinario es el de cualquiera de estos hombres públicos que hoy se estilan, que lo mismo sirve para director de Telégrafos, por ejemplo, que para director de Correos, que para intendente, que para gobernador y para archipámpano de Sevilla?...

Si un hombre escribe una grande obra sobre Beneficencia, si presenta proyectos que todo el mundo reconoce en extremo ventajosos para los pobres, planes de hospitales cómodos, baratos, bien y fácilmente administrados, asilos de caridad, de verdadera caridad y amor al prójimo, etc. etc., nadie extrañará que el Gobierno le confie ese ramo; pero nombrar á quien no sabe de Beneficencia mas que dar cuartos á los pobres que encuentra, será muy político, pero no es lógico.

Y lo mismo que de Beneficencia digo de los demás ramos.

Dar empleos á los amigos, no es dar empleados al país, que es, no se olvide esto, el que paga.

Estos *personajes* que sientan plaza,—y eso debian hacer, pero en el verdadero sentido de la frase,—con grandes destinos y sueldos á proporcion, son ademas un funesto ejemplo, que despierta nuevas ambiciones, y estimula á muchos á seguir el camino que ven conduce á las alturas del presupuesto.

Con el Gobierno que cae, tambien caen sus prote-



gidos, y el que se levanta se ve al momento rodeado de los que, á imitacion de aquellos, quieren subir, si acaso ántes de levantarse el nuevo ministerio no tienen ya pactado con él el reparto de los empleos más bonitos y en que más se luce y más se cobra.

---

## LOS COCHEROS.

---

Yo no sé si puede haber en el mundo un hombre feliz; lo que sí aseguro es que, si hay alguno, de fijo es cochero, admitiendo que los cocheros sean hombres, cosa que tendremos que admitir al cabo, y aun al sargento, porque aunque, por lo general, en todos los actos de su vida proceden como si no lo fueran, no puede negarse que su figura se asemeja mucho á la del hombre, y que de las cualidades que distinguen á este rey de la creacion, tienen ellos, por lo ménos, las siguientes: mala intencion, egoismo, presuncion y dominio sobre los animales.

Los cocheros son todos iguales en el fondo (¡curioso sería ver el fondo de un cochero!), pero son diferentes en la forma. Hay cocheros de palacio, cocheros de la grandeza, cocheros del Gobierno, cocheros de particulares, cocheros de archicofradías y sacramentales, y cocheros de plaza, y cada cual tiene sus costumbres, y sus privilegios, y sus derechos, comple-

tamente diferentes, tan diferentes como las prendas de vestir con que se engalanan, ó más bien con que los engalanan las personas que los tienen á su servicio, porque los cocheros, al revés de muchos Adanes, no tienen más ropa que la que llevan puesta, pues la que usan en los actos del servicio pertenece siempre á la casa donde sirven.

El cochero de casa real se distingue por la estóica gravedad de su fisonomía, por lo plusquam-perfecto de sus pantorrillas y por el aseo que se advierte en todas las prendas que constituyen su traje. Este cochero mira siempre á la multitud con cómica indiferencia, y trata á los caballos encomendados á su direccion con todo el cariño de un preceptor bien pagado, y no hay ejemplo de que les dirija una mala palabra; ántes bien, los reprende con amorosa solicitud, y hasta á veces se digna recomendarles, con las mejores razones, que vean dónde ponen el pié cuando la multitud los rodea....

Este cochero suele ser hasta ilustrado, y hasta suele tener su opinion política, opinion que no manifiesta sino en familia, porque al subir al pescante del coche régio, ha aprendido á ser discreto, y por mucho que aprecie su opinion política, aprecia mucho más su elevada posicion y sus emolumentos.—Para parecerse más al hombre, este cochero es casado y tiene hijos, á quienes destina la misma honrosa profesion que él ejerce, sin más que porque en el mismo pescante donde él se sienta se sentaron su padre y su abuelo, cuyo buen nombre y grandes merecimientos le han valido para ocuparlo él, y espera que le valgan en su dia para que lo ocupe su primogénito.



El cochero de casa real mira siempre con soberano desden á todos los demás de su oficio; no los juzga dignos ni de su odio.—Convencido de lo mucho que les falta para llegar hasta él, los compadece tanto cuanto él se regocija de haber logrado posicion tan empinada en los actos del servicio, é independiente, fuera de estos actos del servicio.

En los dias de gran gala, el cochero de casa real es el hombre más feliz del mundo, á pesar de que nadie repara en él, á no ser su mujer, que sale á la calle, ganosa de ver qué tal le sienta la peluca empolvada, ó si le hace alguna arruga la media. En esos momentos, cuando se ve rodeado de generales y soldados, cuando oye la marcha de las músicas de los regimientos, y á lo léjos el estampido del cañon, cuando ve á sus piés la multitud, que victorea á los reyes, y en los balcones tantas bellas damas que agitan sus pañuelos blancos, es seguro que si él hubiera leído la historia antigua, se creería un Atila ó un Bruto, y le costaría gran trabajo convencerse de que no es mas que un cochero, al descender en la caballeriza y encontrarse á diez pasos de una cuadra.

El cochero de casa grande, es decir, de un grande de España, tiene acaso mayores pretensiones y mayores defectos que el cochero de casa real. El tiene odio y mala voluntad á todos los que sirven en casas tan grandes como la suya, y no desaprovecha ocasion de murmurar de sus émulos y hasta de los amos de sus émulos, en quienes supone una multitud de desfavorables circunstancias de que supone libres á los señores á quienes él sirve, suponiendo tambien que el des-

crédito de los amos ha de venir á parar en los cocheros, y que siendo sus amos ejemplo de prodigalidad, riqueza, lujo y moralidad, él ha de ser por ende el mejor y más honrado cochero del universo.

El cochero de casa grande no tiene mas que dos amigos que nunca le contradicen: los caballos, y una novia de quien nunca se separa, y á la que considera como parte integrante de su mismo sér: ¡la librea!

Un cochero de casa grande, alto, buen mozo, colorado, con un par de patillas que parecen dos chuletas de ternera, y una levita hasta los piés, es el tipo del hombre superior, del hombre satisfecho de sí mismo, del filósofo que lo mira todo desde una altura igual á la de un pescante. Pero colocad enfrente de este cochero otro individuo de su especie, buen mozo tambien, y tambien con patillas y una levita que por el tamaño valga lo menos 3,000 rs., y observad á los dos:—¡Vereis qué miradas se lanzan!... ¡vereis cómo parecen dos hombres que están deseando destruirse uno á otro, dos hombres, en fin, que han pensado que no caben los dos en el mundo, dos hombres, que si no hubiera autoridades y gente que pasa por la calle, caerian irremisiblemente á puñadas uno sobre otro, sin otro motivo que ser el uno tan bruto como el otro, y haber elegido los dos la misma profesion!

Vedlos á la puerta de palacio, por ejemplo, ó de un teatro ó de un baile, al pié cada uno de su coche, y esperando á sus amos respectivos, y vereis cómo se les conoce en la cara cuánto sufren sacrificando el odio que se profesan á los deberes de ciudadanos y cocheros. Observad en los paseos, y vereis cómo pro-

curan adelantarse los unos á los otros, y cómo al pasar se disparan miradas que rebosan odio y venganza, llegando alguna vez hasta á arrimarse, por via de desahogo, y como al descuido, algun que otro latigazo.

Entre las prerogativas que tiene el cochero de casa grande, hay algunas que muchos envidiarán; él es hasta cierto punto confidente de los amores del señor con una dama que vive dondo Cristo dió las tres voces, y en cuya calle se suele chupar los dedos de gusto el pobre en las noches de Enero, esperando al amo, que le suele recompensar pródigamente para que guarde el secreto y éste no llegue á oídos de la señora; él, con sus groseras manos, sostiene el torneado brazo de la señorita, cuando ésta sube ó baja del carruaje, y él puede ganar honradamente algunos escudos, diciendo dónde irán las señoras, al pollo que se ha propuesto ser satélite de un planeta que tiene un dote de dos ó tres millones, y va siempre á pié ó á caballo allí donde va el coche de la señora de todos sus pensamientos; él sabe mejor que nadie cuál es el estado de los asuntos de la casa, ó más bien, lo adivina ó lo deduce por las visitas que hace su amo, y por la cara que trae cuando sale de la Bolsa, ó del Ministerio, ó de Palacio, ó de la casa del banquero tal, ó del prestamista cual; él, en fin, es una verdadera potencia, y tiene el talento, el único que tiene, de conocer cuándo están los amos en disposición de vender el tren, para buscar otro acomodo, y poder contestar á los señores, cuando le despidan, que ya estaba él prevenido y al cabo de la calle del estado financiero de la casa.



Entonces suelta la librea que se vistió al entrar en la casa, y viste por cortas horas la propia ropa, que luego cambia por otra librea que le confían los nuevos amos.—Y así vive hasta que, contando con un capitalito regular, vuelve al suelo nativo, y allí, como un filósofo, olvidado de sus triunfos de la corte, y al amor de una mujer y un par de bueyes, labra la tierra, de la que saca el patrimonio de sus hijos, no cuidándose para nada de las vanidades mundanas, expiando con una vida ejemplar el crimen de haber atropellado en sus primaveras á alguna vieja torpe ó á algun niño inexperto.

El cochero del Gobierno es eminentemente político, y es político como se debe ser en este país de los políticos de tres al cuarto, político amigo de todo Gobierno negro ó blanco, amarillo ó colorado. Con el mismo amor que sirve hoy al ministro liberal avanzado, sirve mañana al ministro retrógado que sustituye á aquel, y vice-versa.—El es constante defensor del principio de Gobierno, y aunque el país en masa se levante contra el Gobierno establecido, él servirá á ese Gobierno, mientras ese Gobierno no deje de existir.

Este cochero lee diariamente *La Correspondencia*.

Los cocheros de particulares, es decir, de personas que, sin tener títulos, ni ser ministros, ni cosa que lo valga, cuentan con medios suficientes á sufragar los gastos que ocasiona un coche, tienen el orgullo de la independencia, y miran así como por encima del hombro á los cocheros, condenados á vestir la librea tradicional, y á ostentar en el sombrero, en los botones, en las mangas, en el cuello, en todas partes,

las armas de la casa. Los cocheros de particulares consideran que oros son triunfos, y tienen tan en poco la nobleza de sangre, cuanto tienen en mucho la nobleza del dinero.

Los cocheros de plaza, es decir, los que conducen los carruajes de alquiler, no se parecen en nada á los cocheros de quienes deo hecho mérito, á no ser en lo animales, que en esto parecen todos hijos de la misma madre. Los cocheros de plaza suelen haber sido en mejores tiempos cocheros de grandes señores ó de señores particulares; pero dotados por la madre naturaleza, si la naturaleza es madre de los cocheros, de un carácter indómito y de una cabeza más dura que un guijarro, amen de una desmedida afición al vino y otros excesos, han caído desde el elevado pescante de la elegante aristocrática carretela al pescante mezquino y vergonzante de las berlinas de alquiler, resignándose á ganar un jornal módico, y á vestir mal, y á comer peor, y á sufrir la horrible pena de tener que servir por fuerza al primero que se presenta, á todo el que lleva una peseta en el bolsillo, y estar constantemente vigilados por las autoridades, que á veces se proponen moralizar la clase, empresa tan difícil como hacer hablar á los reyes de piedra de la Plazuela de Oriente.

El cochero de plaza viste regularmente, como quiere ó como puede, á no ser que el dueño de los coches le facilite un traje, que en la mayor parte de los casos es mucho peor que el que aquel usa de ordinario, y á las siete de la mañana salen de la cuadra el caballo y él, conduciendo un coche, lleno de barro, aun-

que no ha llovido en tres años, y todo lo deteriorado que puede estar un coche destinado al servicio público en este país, donde es general el pueril placer de destruir todo lo que pertenece al prójimo; así es que el coche suele tener una cortinilla nada más, y medio cristal, si es que no tiene rasgada la tela de los almohadones ú otros desperfectos, que indican el buen gusto y la cultura de algunos de los inquilinos del vehículo.—El caballo, modelo de paciencia y mansedumbre, tan sóbrio como un anacoreta y tan prudente como un diputado ministerial que no sabe hablar, conoce mejor que el cochero mismo el sitio de su tormento, es decir, el punto donde se sitúa diariamente el carruaje á la disposición del público, representado por diferentes tipos, de los que se hará mención, —y allí se dirige con una resignación que debieran imitar muchos animales de dos piés, poco afectos al trabajo. —Supongamos que el coche se sitúa en la Puerta del Sol á las siete de la mañana.—Lo primero que hace el cochero es acercarse á una vendedora de buñuelos, de los que se administra tres ó cuatro, por vía de almuerzo, con una copa de aguardiente, que facilite la digestión de aquella inmunda masa, y luego conversa amistosamente con la misma vendedora y con algun otro cochero de los del *punto*, dirigiendo de vez en cuándo la palabra al jamelgo, que adelanta el coche, ó vuelve continuamente la cabeza, ó se sacude las moscas, que le martirizan posándosele en una llaga que tiene el pobre animal, causada por alguna bestial caricia del mismo conductor, ó por algun pillete, que al pasar, se divirtió rayándole la piel con la navajita,



—y en esta disposicion espera que llegue persona que lo *estrene*.—Y no espera mucho tiempo, porque allí viene jadeante y sudando la gota gorda un caballero grueso, que se introduce en el carruaje, y dice al cochero: «¡Al ferro-carril!» El cochero cierra la portezuela, quita al caballo, para dar mayor decoro al coche, la manta con que aquel salió de la cuadra por precaucion higiénica, la dobla cuidadosamente, y la pone debajo del almohadon del pescante, acaba de liar un cigarro de papel, saca fósforos, enciende uno, se le apaga, enciende otro, y con éste el cigarrillo, sube al pescante, arría el pabellon español, es decir, una banderita de hoja de lata pintada con los colores nacionales, y en la que se lee «se alquila,» la guarda, se encasqueta el sombrero, se frota un momento las manos, se emboza en la mugrienta capa, requiere el látigo, y el coche rueda.—Durante estas operaciones, el caballero, que por su desdicha entró en el coche, se desespera y se da á todos los diablos, considerando que cuando llegue á la estacion, el tren se hallará á dos ó tres leguas de Madrid, y él no podrá abrazar á su mujer, que se halla en Tembleque de temporada, porque los médicos le aconsejaron que mudase de aires, único medio de curarse de la melancolía que padece la pobrecita desde el último parto, que dió á luz un niño con dos cabezas, que en el colegio de San Carlos está perfectamente conservado en un frasco para estudio y admiracion de los cursantes de la facultad.—Pero al fin se tranquiliza el esposo amante y padre infelíz, viéndose en la estacion, y averiguando que el tren no ha partido aun, pero que partirá en breve,

por lo cual no tiene momento que perder. Sale el cuitado del coche y alarga al cochero un napoleon para que cobre el importe de la *carrera*, que son treinta y cuatro cuartos. Pero el cochero, tomando el napoleon, se desemboza pausadamente, arrima á un lado el látigo, saca la bandera española y la coloca en el sitio conveniente, se mete los dedos en los bolsillos del chaleco, teniendo entretanto el napoleon entre los dientes, y despues de cinco ó seis minutos, que son otros tantos siglos para el pobre hombre, que está oyendo el silbido de la locomotora, cuyo sonido le parece el eco de las maldiciones que le fulmina su mujer desde la estacion de Tembleque, le dice:

—Señor, no tengo cambio.

—Yo tampoco, dice el desgraciado padre.

—Espere, que voy á ver si aquel compañero tiene, dice el automedonte, dirigiéndose á otro cochero próximo; pero éste no tiene, y los dos van en busca de otro, y de otro luego, separándose así de la estacion cuarenta ó cincuenta pasos.

Y el malaventurado viajero trina allí mucho mejor que la Penco, y da voces al cochero, que no le hace caso, hasta que oyendo decir que el tren se va, váse él tambien por el foro, pero dejando al cochero el napoleon, y renegando de todos los cocheros del Universo, y mortificado con la idea de que aquel infausto principio de viaje es señal evidente de que han de sucederle mil trabajos, y de que la suerte se ha propuesto divertirse con él, como si ya no fuera bastante diversion aquel fenómeno que le regaló su doliente y cariacontecida esposa.

Dejemósle camino de Tembleque, deseándole todo género de prosperidades, y sigamos al cochero, que vuelve á su pescante, y conduce al caballo hácia la Puerta del Sol, no sin guardar ántes en uno de los bolsillos el napoleon del expedicionario á Tembleque, y sacar del mismo una peseta, que traslada al otro, con destino á su amo, á quien él es incapaz de robar ni siquiera el miserable importe de una carrera.

Situado otra vez en el *punto*, recibe al aire libre la visita de una doncella gallega, que de paso que va á la plaza,—y la plaza suele ser la de San Ildefonso,—se detiene un momento á hablar con el cochero, con quien *habla* hace dos años, y con quien se casará cuando Dios quiera, y á quien suele llevar en un puchero lo que sobra en casa de sus amos, adicionado con algun que otro manjar que no sobra, sino que falta, porque ella se lo lleva; pero á la media hora, en lo mejor de la amorosa conversacion de aquella Angélica de fogon y aquel Medoro de alquiler, se presenta un caballero bien portado, que entrando en el coche, dice al cochero:

—Calle del Desengaño, número tantos, cuarto tercero,—como si el caballo hubiera de arrastrar el coche hasta la puerta misma de la habitacion.

Despídese el cochero de la gallega, sacrificando el amor al deber, y dirige el coche hácia la calle del Desengaño, donde lo detiene, porque el caballero que lo alquiló le tira de la levita,—no al coche, al cochero,—y abre la portezuela.

El caballero no entra en la casa señalada, sino que comienza á dar paseos por la acera, alzando la



vista cada dos segundos á los solitarios balcones de un cuarto tercero, donde debe haber precisamente algo que llame la atencion del jóven, y adonde mira tambien el cochero, y adonde, pasada media hora, mira tambien el caballo, admirado sin duda de que el vacío llame tan poderosamente la atencion del caballero y del cochero, y aun de los mismos transeuntes, que ya miran tambien al mismo punto.

Una hora pasa, y el balcon sigue solitario; pero del portal de la casa sale una criada, dando vueltas al llavin, que lleva colgado de un dedo, y se aproxima al cochero, á quien dice:

—¿Ha traído V. un caballero alto, rubio, vizco, con gafas y un gaban de color de ala de mosca?

El cochero no contesta, porque el mismo caballero se acerca á la Maritornes.

—¿Qué hay? pregunta con visible ansiedad.

—Que la señorita está mala.

—¿Qué tiene?

—Le duele el estómago.

—¿Dónde estuvo anoche?

—No sé.

—¿Quién ha venido?

—Nadie.

—¿Y cuándo la veré?

—No me ha dicho.

—¿Ha venido el capitán?

—¡Quiá! nó, señor; ese no viene ya.

—Pues me extraña mucho esa enfermedad tan de repente.

—Ya ve V., nadie tiene la salud en el bolsillo.

—Ya estás tú buena.

—Yo, sí, señor, gracias á Dios.

—No es eso; es que me parece que tú eres la encubridora.

—¿Yo?... Sí, bonito genio tiene la niña.

—Pero dime: ¿dónde estuvo anoche?

—¡Vaya! ¿no le digo á V. que no sé?

—Lo que no sabes tú es ladrar.

—¡Ea! ¡vaya! ¡abur!—Voy arriba, que tengo el agua en el barreño para fregar, y se me enfria.

—Pero oye....

—Que no *haiga* novedad.

Y la criada desaparece, y el caballero, despues de un momento, echa á andar, sin cuidarse del coche, y echando chispas por los ojos, con gran asombro del cochero y el caballo; pero el primero de éstos, asombrado y todo, echa detrás del caballero, y le interpe-la bruscamente á propósito del pago de una hora de carruaje.

El caballero paga, envia con dos mil demonios al cochero, dirige una furiosa mirada al balcon de la señora del dolor de estómago, y sigue su camino, que no sé si será el de la perdicion.

Vuelven al *punto* coche, caballo y cochero; pero apénas comienza á gozar algun descanso el primero de estos dos animales, acércase un caballero, vestido de negro de piés á cabeza, quien, despues de arrellenarse dentro del vehículo, dice:

—¡A la parroquia de Santa Cruz!

Y el caballo vuelve á arrastrar aquella caja, y pocos minutos despues se detiene detrás de una larga hilera

de coches propios y de alquiler, delante de los cuales, y á la puerta de la iglesia se ve un carro fúnebre, destinado á conducir lo más cómodamente posible el cadáver de un hombre.

En tanto que se dispone la marcha del fúnebre cortejo, nuestro cochero se entretiene con los de su clase en averiguar quién es el muerto, y cuántos hijos deja, y cuál ha sido su última enfermedad.

Y á todo esto, ya han colocado la caja del difunto en el carro, y se han distribuido las hachas á los pobres de San Bernardino, y se ha dado la orden de marcha.

En tanto que llegan al cementerio, el auriga, fijos los ojos en el ataúd, va considerando cuán frágiles y perecederas son las cosas humanas, y cómo en la muerte se estrellan las vanidades del mundo, provechosas reflexiones, que levantan en su conciencia el remordimiento de alguna que otra acción liviana cometida en el ejercicio de sus funciones, como por ejemplo, la de quedarse con la vuelta del napoleon que le confió la buena fé del expedicionario á Tembleque, á quien ya conoce el lector, y otras muchas que fuera prolijo enumerar, y que dan la medida exacta de la moralidad del cochero.

Colocado el muerto en el nicho, vuélvense los amigos, parientes y testamentarios que le acompañaron; pero en vano espera el automedonte que vuelva el caballero que lo alquiló, porque el tal caballero ha creído más beneficioso á sus intereses tomar asiento en el coche de un amigo, á quien halló en el cementerio, y camino de Madrid viene muy satisfecho con haber dado tan cruel chasco á un cochero.



Y vea el lector,—ahora que estoy de humor de apuntar ciertas reflexiones,—cómo hay Providencia también para los cocheros, y cómo el que vamos siguiendo halló el castigo de su falta anterior pocas horas después de cometerla. Las cuatro pesetas usurpadas al padre del fenómeno de que ya tiene el lector noticia, tendrán que servir para pagar al dueño del coche las dos horas que lo tuvo á su disposición el amigo del muerto.—Y no tiene duda que él tendrá que entregar la cantidad intacta, porque el dueño del coche es hombre que no se deja engañar fácilmente, y que calcula con notable acierto cuántas horas ha ganado su vehículo, y cuántas carreras ha dado su caballo, y él no se opone á que el cochero engañe y estafe al público; pero le despediría severamente, si es que no le arrimaba un trancazo, el día que sospechase que trataba también de engañarle á él.

Nuestro cochero tiene fija la idea de que hay alguien que cuenta al amo la historia diaria del coche que tiene á su cargo, y más de una vez se le ha ocurrido que el caballo mismo, aquel animal tan prudente, y que parece no haber dicho en su vida «esta coz es mía,» es el que le hace traición, en lo que no haría seguramente más que servir á quien le da la cebada, en contra de quien no le da más que latigazos.

Vomitando blasfemias y sacudiendo al animal, vuelve al punto, más irritado por la partida serrana que le han jugado, que por la pérdida de las cuatro pesetas, robadas impunemente por él mismo tres horas antes. Cuenta el caso á los compañeros, quienes aprovechan la ocasión para desatarse en improprios con-

tra los señoritos que hay en Madrid con mucha levita, y mucho cigarro puro, y sin un cuarto en el bolsillo, y para referir cada cual las aventuras del mismo género en que han hecho el triste papel de víctimas.

Pero se interrumpe la interesante narracion con la llegada de dos caballeros, embozados en sendas capas, y con el aire de conspiradores, que, segun dicen al cochero, quieren ser conducidos al tercer molino del canal.

El caballo, que lo oye, levanta las orejas, y si no fuera, como es, un animal, exhalaria un suspiro capaz de ablandar una peña, y echa á correr desesperado, como si tuviera deseos de acabar con una vida que ya le abruma, y quisiera caer para no levantarse más, al llegar al tercer molino del canal.

Pero como el sér mas desgraciado, el más combatido por la suerte, es ordinariamente el que vive más, el caballo ni cae reventado ni mucho ménos al fin de la larga carrera que acaba de dar, con lo cual se tranquiliza el cochero, á quien algun alma mezquina podria querer hacer responsable de la prematura y desastrosa muerte del cuadrúpedo.

Allí hay otro coche, del cual salen otros dos caballeros embozados, uno de los cuales asoma por debajo de la capa un par de sables de caballería, capaces de desbaratar un escuadron marroquí, y con cuyas armas piensan partirse de arriba abajo dos de aquellos señores, en venganza de un agravio, inferido por el uno al otro, que es un hombre que no sufre ancas de nadie, y más templado que una guitarra en un baile de candil, y más terne que el mismo Francisco Estéban.

Los padrinos de aquellos hidalgos señores conciertan las condiciones de la lucha, en tanto que uno de los combatientes se pasea, cantando como si tal cosa: «¡Ay mamá qué noche aquella!» y el otro se entretiene en apedrear á una lagartija, que anda saltando por entre las yerbas. Y los dos cocheros contemplan estupefactos aquel cuadro, y los dos caballos se consuelan regalándose la yerba que crece en aquel terreno, indiferentes de todo punto á la sangrienta escena de que, al parecer, va á ser teatro el tercer molino del canal.

Dirígense los cuatro caballeros hácia una hondonada, donde, segun todas las probabilidades, piensan ponerse como nuevos los dos adversarios; pero el cochero, que ha comprendido ya de lo que se trata, participa sus temores al compañero, quien juzga oportuno dar aviso al primer guardia que se encuentre, no por el singular placer de estorbar á dos cristianos que se rompan el bautismo á gusto, sino por evitar el doloroso caso de que les suceda á aquellos dos señores lo que se cuenta de dos lobos que riñeron con tal ferocidad, que no quedaron de ambos más que las puntas de las orejas; porque si una cosa parecida resultara de la singular pelea próxima á empeñarse, es probable que los cómplices, es decir, los padrinos, huyeran despavoridos, y muy posible que los coches tuvieran que volver de *vacío*, y los cocheros no cobraran el importe del alquiler.

Uno de ellos sigue á los cuatro señoritos, y cuando los combatientes se aprestan á la lucha, se presenta con aspecto amenazador, y reclama el pago del



alquiler de los dos coches, asegurando que va á dar parte á la autoridad; y al mismo tiempo les reconviene severamente por su afan de dirimir sus cuestiones á sablazo, siendo mucho mejor reñir á bofetadas, y sobre todo, cuando hay oportunidad, y no á sangre fría, despues que han pasado tres ó cuatro dias desde el en que tuvo lugar el agravio que se pretende vengar.

Y, ¡cosa estraña! el cochero, sin ser un Demóstenes, lleva el convencimiento al ánimo de aquellos asendereados caballeros, quienes reconocen al fin que es una tontería matarse los hombres por un quítame allá esas pajas en un mundo donde todo nacido está condenado á muerte, y los adversarios concluyen por estrecharse las manos y convenir en que ambos son hidalgos hasta no más, y muy hombres para sostener su palabra, y no tolerar que persona humana sea osada á poner en tela de juicio su valor y otras prendas, que no han menester de encarecimiento.

Y desde el tercer molino del canal se dirigen todos á la Fuente Castellana, decididos á celebrar con un almuerzo la feliz terminacion de las diferencias habidas entre los dos jóvenes, de cuyo lance tiene ya conocimiento todo Madrid, porque el uno es un señorito muy elegante y muy conocido en los paseos, en los teatros y en todas las casas donde se come y se cena y se baila de balde, y el otro es otro que tal, y ambos son indispensables á la buena sociedad, no por sus talentos ó sus virtudes, sino porque habrá pocos como ellos para disponer conciertos y giras campestres, y hasta corridas de novillos y otros excesos.

Por supuesto que padrinos y contendientes han convenido en decir despues que el duelo se verificó, aunque sin resultados funestos, por fortuna; pero como alguno de los cocheros puede hablar y contar todo lo ocurrido, es preciso que compren su silencio mediante cuatro duros, que los aurigas reciben con las más respetuosas manifestaciones de adhesion y reconocimiento.

Y el cochero, nuestro amigo, al verse dueño de dos duros, siente el inefable placer del hombre que ha ganado su dinero honradamente, y compara esta suprema felicidad con el escozor que otras veces ha sentido, al verse dueño de un dinero usurpado, lo cual en honor, de la verdad, le ha ocurrido más de una, sin contar el caso del napoleon, perteneciente al marido de la madre del fenómeno de que ya he hecho mérito.

Terminado el almuerzo, los dúelistas van á las respectivas casas paternas, para tranquilizar á las familias respectivas, que naturalmente estarán con cuidado, teniendo noticia ya del terrible trance en que se encuentran aquellas dos lumbreras de la buena sociedad de Madrid.

Despedidos los cocheros, ambos se dirigen á las cuadras respectivas, con objeto de dar descanso á los caballos, á los que reemplazarán otros dos que allí esperan la hora en que ha de dar aquel dia principio su tormenteo.

Y el cochero á quien vamos siguiendo, come en un bodegon inmediato á la cuadra, y con el bocado en los dientes, vuelve á montar en el pescante y á dirigirse á

la Puerta del Sol, desde donde le seguiremos otra vez.

El primero que viene á ocupar el coche, apénas llega éste al punto, es un jóven guapo, elegante y con toda la apariencia de un seductor de *primo cartello*, quien, lo mismo que aquel otro caballero de quien se ha hablado ántes, desea dirigirse á la calle del Desen-  
año, número tantos, cuarto tercero.

No deja de advertir el cochero la coincidencia; pero á fuer de hombre prudente y poco dado á entrometerse en aquello que no le va ni le viene, requiere el látigo y conduce al caballero al sitio indicado. El caballero abre la portezuela, entra en el portal, y da tres golpes con el llamador, en tanto que el cochero lia un cigarrillo y observa.

Y apénas han pasado cinco minutos, cuando en el portal se presenta una señora con mucho vestido de seda y mucha capota, que saluda al galan con la mejor sonrisa de su repertorio, y con un apretón de mano que da la medida exacta de la amistad que se profesan aquellos dos séres, que parecerian nacidos el uno para el otro, si no me ocurriera la fundada sospecha de que aquella dama no ha nacido para un hombre solo.

El cochero que, entre otras buenas cualidades, tiene la de tratar á toda mujer con aquel miramiento y aquella distincion que se merecen la hermosura y la debilidad unidas,—y como en nadie están unidas estas dos preciosas cualidades mas que en la señora del cuarto tercero que acaba de presentarse,—baja del pescante y abre la portezuela del carruaje, ofreciendo á la señora el apoyo de su brazo. Y ella entra en el carrua-



je, no sin mirar ántes con cierto temor á uno y otro lado, como para asegurarse, valiéndome de una expresión vulgar, de que no hay moros en la costa.

Pero como la casualidad nos suele poner delante aquello que más interés tenemos en evitar, por aquella costa aparece un moro, que es ni más ni ménos que el caballero para quien algunas horas ántes estaba enferma la citada simpática señora.

Y en vez de dirigirse este moro á la dama ingrata y olvidadiza, dirijese á su afortunado rival y le interpela bruscamente acerca de sus relaciones con la que fué señora de sus pensamientos. Y como el apuesto galán tiene la conciencia de sus acciones, y ha pasado ya de la edad en que se le podia pedir cuenta de ellas, contéstale con cierto descaro y con poca mesura, de lo que resulta, con grave detrimento de la civilizacion y con escándalo de los transeuntes, una formal pelea á bastonazos y bofetada limpia, que produce gran tumulto en la calle, y que hace necesaria la intervencion de los dependientes de la autoridad.

Y uno de los bastones de aquellos enfurecidos rivales viene á dar en el sér más inocente é inofensivo, en el caballo del coche, que sale á escape, arrastrando el vehículo por enmedio de la multitud que se habia agrupado en torno, y sin que pueda contenerlo el cochero, que teme ser el responsable de algun atropello que cometa el animal.

Felizmente el caballo, que no tiene odio al género humano, y que ha procurado huir de aquel sitio donde se repartian palos, sigue su carrera sin hacer caña

á nadie, hasta llegar á la calle Ancha de San Bernardo, y allí da con el coche en una zanja y con el cochero en medio del arroyo.

La desventurada jóven sale del coche más muerta que viva, y con la conciencia de que aquel percance ha sido leve castigo impuesto por la Providencia á la mala accion que supone el traer engañados á un tiempo mismo á dos honrados caballeros, presos en las redes de su hermosura peregrina.—Personas caritativas llévanla á una tienda inmediata, donde toma aliento y se arregla el vestido y la capota, que habian sufrido algun deterioro al volcar el carruaje.

El cochero, repuesto del susto y del golpe, procura cerciorarse de que el coche no ha sufrido lesion, y despues de reprender al caballo con palabras malsonantes, entra en la tienda, donde recobra el ánimo la dama, y con el mayor comedimiento le reclama el pago de una hora de coche.

Niégrese la dama, asegurando que ella no ha tomado el coche, sino que más bien el coche la ha tomado á ella, y expone que tampoco es justo que ella, que acaba de verse en peligro de perecer dentro de aquel maldecido vehículo, pague lo que el cochero exige.—Y la gente que allí se ha reunido da la razon á la señora de la capota contra el cochero, que se lamenta amargamente de que el pobre no tenga razon nunca en este mundo vano, y pone á la señora de vuelta y media, fundándose en datos evidentes para sospechar que la inquilina del cuarto tercero de la calle del Desengaño no es, ni con mucho, un modelo de moralidad. Y en apoyo de sus revelaciones, refiere el hecho que dió

ocasion á la precipitada huida del caballo, con lo que los concurrentes gozan á su sabor, y la protagonista de la funcion se desespera y se pone de veinticinco colores, y, á no dudar, se desmayaria, si oportunamente no se presentara un inspector celoso, que obliga al cochero á montar en el pescante, y se propone acompañar á la hermosa hasta dejarla en completa seguridad en su domicilio de la calle del Desengaño. —Y entónces,—por la costumbre que tenemos los españoles de hacer siempre la oposicion al que manda, —el público allí reunido se pronuncia en favor del cochero, y murmura de la autoridad, que con digna severidad le manda abandonar el campo, dando la razon á la mencionada señora, solo porque ésta va vestida de raso y lleva capota, de cuyo hecho deduce el público que miéntras no seamos iguales ante la ley, no estará el mundo bien gobernado.

Vuelve el cochero otra vez á la Puerta del Sol, y apenas llega, ocúpalo un pobre hombre trabajador, á juzgar por su aspecto, quien le manda dirigirse á la Rivera de Curtidores. Detiénese en aquel sitio en una casa de pobrísimo aspecto, de la que, pasados algunos minutos, salen dos mujeres con pañuelos á la cabeza y saya corta, una de las cuales trae en brazos un bulto, que no es otra cosa que un nuevo habitante de este mundo sublunar, que va á ser llevado á la pila del bautismo. Como el coche no tiene mas que dos asientos, el padre de la criatura, que quiere presenciar tambien la ceremonia, se coloca en el pescante, y miéntras recorre el coche el trecho que media de la casa á la parroquia, refiere al cochero los detalles del parto



de su mujer, y le encarece la alegría que le embarga al contemplarse padre de un ser viviente, á pesar de que esta circunstancia hará mucho más precaria su situación, porque con seis reales que gana los días que trabaja, no es muy fácil seguramente atender á la subsistencia propia y á la de la mujer, y el hijo, y la madre de la mujer, que es una viejecita impedida, que si no fuera por él, ya habria muerto en San Bernardino.

Pero el honrado menestral confia en Dios, que no le abandonará, y al verse padre de un hijo, que tal vez despues sea hombre ingrato, siente mucha más alegría que si le hubiera cabido en suerte el premio grande de la lotería, y para celebrar el nacimiento del heredero de su pobreza, tiene dispuesto un banquete, al que asistirán todos los vecinos, y al que convida tambien al cochero, despues de pagarle las dos pesetas, importe de la hora que tuvo ocupado el carruaje, —El cochero acepta un vaso de vino y vuelve con direccion al *punto*; pero en el camino le detiene un embozado caballero, al parecer, que le manda volver á la calle de Embajadores, despues de colocarse dentro del coche.

Y en el camino, el cochero, que oye algunos minutos hace el llanto de una criatura, sospecha que el caballero que va á la calle de Embajadores es un ama de cria con sombrero de copa; pero no hay tales carneros, porque el tal caballero, al llegar el coche cerca de la Inclusa, abre la portezuela, sale, se dirige á aquel asilo de la caridad, y deposita en el torno un bulto, que no es otra cosa que un recién nacido, igual

al hijo del jornalero que se acaba de bautizar en la parroquia inmediata.

Embozado hasta los ojos, vuelve al coche el caballero, entrega dos escudos al cochero y le despide.

Y vuelve el auriga á dirigir el caballo hácia la Puerta del Sol, entretenido en hacer filosóficas consideraciones sobre los hechos que acaba de presenciar, y acariciando los dos escudos que acaba de recibir, y que arrojaría seguramente léjos de sí, á no valer veinte reales, de los que diez y seis son de su exclusiva pertenencia. — Pero casi pudiera decirse que el pobre cochero siente haber recibido aquel dinero, que le haría feliz si no procediera de un caballero embozado y misterioso, que en la oscuridad de la noche tiene valor suficiente para abandonar á la caridad un ángel, por su mala ventura, venido al mundo.

Ya es hora de comenzar los espectáculos, y nuestro coche lleva un caballero á la Zarzuela, y una señora y un caballero al teatro Real, y dos viejas á un teatro mecánico, donde se manifiesta el Nacimiento del Hijo de Dios, y otro caballero y otra señora á dar vueltas por el Prado, que está desierto, y donde sopla un vendabal que le hace dar diente con diente, y que pone al caballo de un humor de dos mil demonios.

Y vuelve á la cuadra despues, y muda el caballo, y á las once ya está en la Puerta del Sol, porque como hay baile de máscaras y llueve á cántaros, hay ocasion de ganar una cantidad mayor que de ordinario.

Lleva el coche en ménos de una hora veinte ó treinta máscaras al baile, y la última que lleva, es una bonita dama vestida como la *Hija del Regimiento*, á quien acompaña un caballero rubio, y que es la misma inquilina de la calle del Desengaño, número tantos, cuarto tercero, que por lo visto ha olvidado ya el lance de los dos rivales á la puerta de su casa, el vuelco del coche y el episodio que siguió á esta ocurrencia, terminado por la mediacion del inspector de policia.

Y cuando ya no entra nadie en el baile, es decir, de tres á cuatro de la madrugada, sitúase el coche á la puerta del teatro donde aquel se verifica, y sale una máscara sola y apresurada, y dice al cochero:

—¡A escape! á la calle del Reloj, número tantos.

Y en un santiamen la deja en esta casa, y vuelve al teatro, á tiempo que salen dos caballeros, uno flaco y otro gordo.

—Te digo que es mi mujer, dice uno.

—Yo te digo que nó.... ¡Si la conoceré yo!... dice el otro.

—¡Digo! ¡Pues y yo, que soy su marido!...

—Estás equivocado....

—Yo la he seguido, pero en el guarda-ropa la he perdido de vista... Era ella, no tengas duda.

—Pues vé á casa.... Verás cómo la encuentras allí.

—¡Acompáñame!

—Yo.... ¿Para qué?

—Sí, tú, que eres mi único amigo, no me abandones en este trance.

—¡Pues vamos!



Y ambos entran en el coche, exclamando el caballero gordo:

—¡A escape! A la calle del Reloj, número tantos.

El caballero gordo entra en la casa, y el flaco se queda en el coche, y pocos momentos despues, sale aquel al balcon del piso principal, y grita al cochero:

—Dí á ese caballero que soy el más feliz de los hombres, que mi mujer está en casa, y duerme.

—Como que la hemos traído nosotros, dice para sí el caballo, porque al cochero no se le ocurre.

—¡Cómo que la avisé yo! dice el caballero flaco, que hace volver el coche al teatro.

.....  
Sería interminable este cuadro de mi galería, si me propusiera describir todos los lances en que puede hallarse un coche de plaza, si quisiera iniciar á los lectores en los misterios del reducido interior de uno de esos elementos.

Por conclusion, consignaré que el establecimiento de estos coches es una de las especulaciones más productivas, y que el oficio de cochero de alquiler es tambien el más productivo de los varios que explotan generalmente los hijos de Asturias y Galicia, y que en ninguna parte como en España está tan desatendido este servicio, y en pocas partes se cometen tantos abusos por los cocheros, cuya ilustracion corre parejas, por lo limitada, con el mezquino alimento que disfrutaban los caballos, sus compañeros, que son los que más trabajan y ménos provecho sacan de esta industria.

## LOS COCHEROS EN EL PESCANTE.

### EL COCHERO DE UN MÉDICO.

—Pues señor, hoy no paramos.... Es claro, en cuanto ha cambiado el tiempo, ya se echa de ver.... De fijo tiene mi amo veinte ó treinta catarros.... Todos los años, por ahora, gana un dineral.... y todo con esa cajita llena de frasquitos.... El demonio me lleve si en volviendo á la tierra no llevo yo una caja de esas, y á todo el que se ponga malo le encajo un frasquito por una peseta... ¡Hóla! hoy no paramos en casa de aquella viuda tan gorda.... ¡Toma! ¡ya lo creo! ¡qué hemos de parar si está de cuerpo presente!... desde aquí se ven las luces en la sala....— ¡A donde?.. ¡A la calle de Alcalá?..—¡Calla! pues es á casa de la marquesa del Tomillo.... Habrá tenido alguna *agarrá* con su marido, y le habrá dado un soponcio.... El lacayo del señor me ha dicho que todos los días tienen la mujer y el marido una pelea.... Lo que es mi amo, bien habia de perder si el matrimonio ese llegara á vivir en paz.... ¡Hóla! ahora vamos á casa de la cómica, que se pone mala cuando no tiene gana de trabajar.... Así me pondria yo malo todos los días....—¡Anda! ¡que te lleven los demonios! ¡Pues no me saluda ese cochero de punto!...—Creo que es Rufino, el rapaz que estaba conmigo cuando yo tenia el punto en la calle del Arenal.... Si me vuelve á saludar, le arrimo un latigazo....

## EL COCHERO DE UN CAPITALISTA.

—Mala cara saca hoy mi amo de la Bolsa.... Se conoce que no ha hecho *changa*.... Un día que no pida el coche, voy á venir yo á ver qué hacen ahí dentro.... Dicen que ahí se gana el oro y el moro.... Por más que me he puesto á leer la tablilla que hay á la puerta, nunca he podido entender lo que quiere decir.... Esta tarde le voy á pedir el mes al amo, y á ponerle la cuenta de la cuadra.... Siempre sale hablando de millones, y hace dos meses que no paga la paja, ni la cebada, ni el salvado, ni el herraje.... Si no fuera por mí, no le ponía ni una herradura el maestro; pero como respondo yo....—¡Está bien! Ea, vamos á casa de la señorita.... Esa es otra Bolsa.... Ya la daría yo con la fusta....

## EL COCHERO DE UN ELEGANTE.

—¡Vaya una manera de guiar que tiene mi amo!.. El mejor día se va á desbocar y vamos á ir él y yo echando demonios.... ¡Pues á penas hace visajes mi amo!... ¡Ah! es que han pasado la baronesa y su hija.... Buen par de yeguas llevan.... Eso es lo que yo quisiera.... una casa buena.... Con este amo va uno avergonzado, porque siempre ha de ir él con las riendas, y uno, es claro, tiene su amor propio.... Señor, señor, que vamos á enganchar esa berlina, y la cesta se va á hacer pedazos.... ¿Que no?.... Bueno.... ¡Pataplúm!... ¡Ya se ha roto la crisma mi amo!..



¡Eh! ¡éh!... ¡Adios cesta!... ¡Anda!... ¡anda!... ¿dónde va ya la yegua?... ¡Cómo se ha puesto V. S. de barro!... Y tiene V. S. el pantalon roto salva la parte... Si quiere V. S. ponerse el mio.... Mire V. S., la señora baronesa le dice á V. S. que suba á su carretela.... Es verdad que está V. S. con el pantalon.... Pues por aquí no viene ningun coche de punto.... Allí traen la yegua.... ¡Anda! viene coja de una mano.... ¡Eh! tú, rapaz.... Tambien va cargado.... Pues señor, buena compostura hay que hacer en la cesta.... Nadie me quita media onza de propina, que me dará el maestro de coches.... Aquí viene uno de vacío.... ¡Eh! para. Suba V., señorito.... que yo voy á ver cómo encajo la rueda y la llevo al taller....

#### EL COCHERO DE UN MINISTRO.

—Pues señor, ya he echado dos sueños, desde que el señor ha venido al Congreso... Pero ¿qué hablarán ahí dentro?... ¡Anda! ¡anda! ¡pues apenas hay pretendientes esperando al señor!... Aquel regordete le conozco yo pretendiendo hace lo ménos cuatro años... á todos los señores que he servido les ha tenido que pedir algo.... Aun debo tener yo en el bolsillo un memorial que me dió un día para que se le diera al señor, es decir, al otro señor, al que fué ministro ántes.... ¿Qué le habia de dar yo?... Aquella señora que se pasea por allí, me parece á mí que tambien la he visto otras veces.... Esa gente no se cansa nunca.... Ahora, si vamos á casa, de fijo están allí cuando lle-

guemos, y lo mismo si vamos á Palacio ó si vamos al ministerio.... No comen, ni duermen.... y andan más de prisa que las yeguas.... ¡Ah! ya salen los señores... ¡Eh! chico, abre.... ¡sombbrero en mano!.. ¡Eh! ¡que voy á arrancar!... ¡Andando!.... Todos se quedaron iguales.... ¡Calle! por aquella acera va el regordete, enseñándole un papel al señor.... ¡Nada! ¡lo dicho! cuando lleguemos al ministerio, abrirá él la portezuela.

#### EL COCHERO DE UNOS NIÑOS ARISTÓCRATAS.

—Vaya, que con achaque de que los chicos tomen el aire, no tiene uno libre una tarde.... Señorito.... ¿Por allí?... Está el camino muy malo.... hay muchos baches....—¡De qué buena gana te daría yo una *quantá!*... ¿Ahora por allí?... Es que van los caballos cansados....—Sí, lo mismo les importa que los caballos revienten, que si reventara yo.... ¿Quiere V. S. bajar, señorito?... Y la doncella, ¡que hueca va porque va en coche con esas criaturas!... Pues tan criada es ella como yo.... ¿Que me baje?... Se van á ir los caballos.... ¿Qué dice V. S?... (¡Dar V. S. á este mono!...) ¡Que me ponga en cuatro piés!... No puedo, me duelen los riñones.... ¿Se lo va V. S. á decir á mamá?... Oiga V., señora Luisa, póngase V. en cuatro piés, ya que dice V. que llora el señorito, porque yo no me pongo. Yo soy un hombre con barbas.... Vamos á casa, señorito, que por allí vienen muchos hombres con escopetas.... ¡Anda! ¡anda! apénas son valientes los chicos.... Si no digo eso, me

hacen poner en cuatro piés.... Yo soy cochero, pero no estoy para servir de monote á nadie....

#### EL COCHERO DE UNA HERMOSA.

Algun ángel me trajo á mí á esta casa.... ¡Cuidado que es guapa mi ama!.... Yo me voy á caer del pescante por mirar atrás para verla.... ¡Y pensar que si yo quisiera daba un latigazo á las yeguas y la llevaba donde me diera la gana!... ¡Apénas vienen señoritos delante, y detrás, y á los lados!... Es que una mujer como mi ama no se presenta en la Castellana.... Ganas me dan de dar dos ó tres latigazos á los caballos de estos monos para que salgan echando demonios y nos dejen en paz.... Lo que me da rabia es cuando mi ama va por la noche al teatro ó al baile.... ¡Tener que estar yo en la puerta, y ella puede que baile con todos esos señoritos!... ¡Cómo monta ese!.... Parece que tiene un divieso salva la parte!... Pues el caballo de ese otro es alquilon.... ¡Y yo, que no conozco todavía al marido de mi ama!... Dicen que está todo el año en París.... Ya estaria yo en París si tuviera una mujer como ella.... ¡Eh! ¡éh!... ¡por mirar á mi ama, por poco atropello á ese viejo!... Si se enamorara mi ama de mí.... ¡Tóma! no sería el primer ejemplo de un cochero que ha saltado desde el pescante á la carretela....

#### EL COCHERO DE PUNTO.

—¡Anda, arrastraol!... ¡Mardita sea tu arma!... ¡A dónde, señorito?...



—A Chamberí.

—¡Arre!... ¿A qué irá este mozo á Chamberí?... Puede que no quiera mas que darse un paseo en coche.... Le habrá limpiado hoy alguna peseta á su padre.... ¡Y que tenga uno que servir á estos monos!...

—¡Eh! ¡cochero!... pare V..... ¡A la pagaduría de las clases pasivas!...

—Ya, ya sé... Estas son dos viudas que van á cobrar.... Cuidado que es ganga ser viuda.... Si yo fuera mujer, querria ser viuda.... Lo que es á éstas, les saco seis reales por la carrera....

—Tome V., cochero, una peseta y cuatro cuartos de propina.

—Señorita, son seis reales....

—¿Cómo?... Será ley nueva.

—Sí, señora; las carreras á la Pagaduría son fuera de tarifa.... ¿Quiere V. que llamemos al *ispetor*?...

—Nó, nó.... no tenemos tiempo para eso.... Tome usted; pero yo estaba en que era una peseta....

—A la parroquia de San Martin.

—¡Hola! entierro tenemos.

—Son las dos y media.

—Yo no tengo más que las dos.... ¡Aprieta!... ¡Pues no hay pocos coches!... ¡Aparta, Juanon!... ¡Echate á un lado, tú, Perico!...

(Camino del cementerio.)

—Este sería pájaro gordo, Perico.

—¡Ya ves!... los caballos no pueden con la caja....

—¡Anda, Simon!...

—¡Mira quién dice Simon!.. Pues ¿qué has sido tú?..

—¿Cuánto ganas ahora, Francisco?...

—Tres pesetas y comido.

—¡Hola, rapaz! ¿has salido ya de la cárcel?...

—Pues, ¿qué hiciste, hombre?

—¡Toma! que atropelló el domingo, en la calle de Alcalá, á un alguacil....

—No le hice daño, y porque era una persona de categoría, me llevaron.... pero mi amo pagó la multa...

—¡Anda! ¡anda! ¡cómo repican en el camposanto!

—¡No le costará poco al muerto!...

—¡Hombre, á él nó!...

—¡Pues no creas tú que lo pagará nadie mas que él!... ¿Te parece que si no hubiera dejado dinero fresco le harian este entierro?...

—¡Ya le bajan!...

—¡Digo! y salen á recibirle con el piporro.... Ni con seis mil reales hace el muerto esta funcion....

—Mira, mira aquel otro que lo llevan entre cuatro...

—Ese se conoce que no ha dejado nada....

—Y tan muerto está el uno como el otro.

—Y lo mismo irá al cielo el uno que el otro.

—Eso, si no han sido unos tunantes.

—Es claro: el que ha sido malo, aunque se gaste en el entierro un millon, no hará creer que ha sido bueno.

—¿A dónde vamos, señorita?...

—Al café de la Iberia.

—¡Hola! al café.... ¿A qué irá esta señorita al café?... ¡Y no es fea!... ¡Calle! ¡No sale!... ¡Bueno, bueno!... Eso es que viene á esperar á alguno..... Pues señor, me parece que va largo.... ¡Haremos un cigarrito!... ¿Qué es eso?... ¡Ah! ¡llama á ese caballero que ha salido del café! ¡Eh! ¡caballero, caballero!... el del paraguas!... ¡Sí, señor, á V!... ¡Una señorita! le llama á V.... ¡Anda, anda! ¡ingrato le llama ella!... ¡Y llora!... Gracias, señorito.... Me paga la hora y una peseta de propina.... ¡Calla!... ¡y la señorita se va con él!... ¡Y para esto tanto esperar!... ¿Tenia mas que haber entrado en el café?... ¡Hay unos lios en este Madrid!...

#### EL COCHERO DE «LA CORRESPONDENCIA.»

Pues señor, ¡apénas corremos hoy!... ¡No dirá pocas cosas luego nuestro periódico!... Hemos ido á las casas de Socorro á ver cuántos magullados hay.... hemos ido á los ministerios, á los teatros, á la cárcel, á la Audiencia, al Observario, á la fèria, á los hospitales, á los toros, á la riña de gallos, al Congreso, al Senado, á las iglesias donde hay funcion, á las estaciones de los ferro-carriles á ver si viene alguna persona de viso, á los despachos de mensajerías y galeras aceleradas, al baile del Tívoli, á los Campos Elíseos, á las casas de Salamanca, al barrio de Pozas, á los cementerios.... Yo, por mí, no he visto nada con haber ido á tantas partes.... Y luego dirá nuestro periódico que todo lo hemos visto.... Será que yo no vea.



## EL ESCÁNDALO.

---

He aquí, lectores amigos, un artículo de moda, que siendo como es un artículo de lujo, amenaza llegar á ser un artículo de primera necesidad.

Los modernos somos lógicos ante todo; ántes el escándalo era una *cosa* que se ocultaba, que se avergonzaba y de la que se asombraban los hombres; hoy el escándalo, cumpliendo con su nombre, se pasea sin rebozo ni recato por el mundo, se imprime y corre de un lado á otro, y á todas partes llega, y en todas partes se introduce, y en todas partes se le admite, como que es moneda corriente, con la que cada quisque adquiere el gusto de reirse del prójimo, y de roerle los zancajos y quitarle el pellejo.

El escándalo comparte hoy con el dinero la dominacion del mundo. Son dos perdidos que se entienden perfectísimamente.

El dinero no tiene vergüenza y el escándalo tampoco. El dinero es bien recibido en todas partes, y el

escándalo entra donde se le antoja, sin necesidad de que lo reciban.

Ann hay quien exclama cuando tropieza con el escándalo: «¡Jesús! ¡qué escándalo!» pero la mayoría se queda con la boca abierta, en contemplacion del escándalo, y hace corro, lo mismo que el vulgo cuando se encuentra en medio de una plazuela un jugador de manos dispuesto á hacerle suertes de cubiletos.

Entramos en un café; alrededor de una mesa están sentados unos señores que prestan la mayor atencion á lo que dice uno de ellos; los que ocupan las mesas inmediatas aplican el oido, y parece como que envidian á los que tienen la dicha de ser amigos ó conocidos del que lleva la palabra.

¿Creeis que este habla de algo útil y provechoso, ó á lo ménos ameno y divertido?— No, señores; lo que hace es contar una historia escandalosa, en la que interviene algun amigo suyo, y alguna pobre mujer, que acaso no tiene más delito que no haberse fijado en el que se encarga de difamarla. Cada uno de los que oyen la historia la cuenta luego á sus amigos, y así el escándalo va creciendo, creciendo y dando la vuelta á la sociedad....

Si la historia tiene un fondo de verdad, se aumenta, se exagera tanto esta verdad, que llega á las proporciones de la mentira; y si la historia es falsa, es para el mundo como si fuera cierta, lo mismo la cree y lo mismo la hace circular, y la comenta y la adiciona.

Hay un periódico que tiene pocos suscritores, que el Gobierno no le hace caso, que nunca lo pide nadie en el café ni en los gabinetes de lectura, ni en los por-

tales de la Plaza Mayor; un día este periódico publica un artículo de *fondo*, en el que se ocupa en zaherir á un personaje, en sacar á relucir todos sus defectos físicos, como por ejemplo, la nariz roma, la frente chata, la boca como una espuerta, las piernas torcidas, etc., etc., y sus defectos morales, los que tiene ó los que inserta el periódico, y que le pone de vuelta y media y le señala á las gentes como un hombre peligroso,—¡qué como un hombre!—como una fiera dañina.... Uno lee el periódico por casualidad, y se fija,—es natural,—en el artículo aquel, y en cuanto encuentra á un amigo, le dice:—¿Has leído tal periódico?—Chico, no lo leo nunca.—Pues lee el número de hoy, que viene *bueno*.—Pues ¿qué trae?—Un artículo contra Fulano, escrito con hiel. Verás cómo te gusta.

Y el amigo lee el artículo, y por la noche en el café todos piden el periódico, y hay quien lo lleva en el bolsillo, y se lee el artículo en las tertulias que se forman en los cafés, y en los círculos políticos, y los demás periódicos, unos para censurarlo y otros para aplaudirlo ó para copiarlo, como cosa buena que es, hablan del artículo en cuestion, y dan publicidad al escándalo, y éste corre y corre, y de un escándalo nace otro, y de éste otros, y la gente de Madrid se divierte, y allá en las aldeas, en los pueblos oscuros se hacen cruces el alcalde, el cura, el médico, el escribano y hasta el alguacil, de ver que haya hombres tan malos en Madrid que públicamente se les anatematice con tal violencia, y sin embargo, logren próspera fortuna y tengan quien los defienda.



Si hay ó no de estos escándalos, los lectores podrán decirlo.

Un escándalo se da hoy tan fácilmente como un vaso de agua, más fácilmente, porque el vaso de agua cuesta un ochavo ó un cuarto, y el escándalo no cuesta tanto, porque aunque cuesta más, lo que cuesta es vergüenza, y ésta no tiene precio.

Por supuesto que el escándalo ha de ser grande, ha de ser monumental, por decirlo así, porque de los escándalos vulgares nadie hace caso.

Dos mujeres riñen en la calle, se ponen de oro y azul, se crujen á bofetadas, arañazos y repelones; la gente se reúne, las silba, y luego vienen los guardias civiles á llevarlas á la prevencion, á la prevencion despues que el escándalo se ha dado completo, y salido á relucir cosas, que todas las leyes mandan que estén ocultas.—Este es un escándalo de tres al cuarto, de mala muerte.

Los escándalos grandes son los que no se castigan en la prevencion, y los que ni la autoridad puede contener.

¡Estaria bueno que una pareja de guardias veteranos llevara á la prevencion á un marido separado de su mujer y á una mujer separada de su marido!

¡Sería de ver que la autoridad se metiese á averiguar el cómo y el cuándo de la vida de ciertos hombres, á quienes nadie conoce oficio ni beneficio, y que están relacionados con lo *mejor* y más escogido de la sociedad;

Hace muchos años que estamos oyendo decir:— «¡Cómo sube Fulano! ¡qué escándalo!—¡A Fulano le

han nombrado para tal empleo! ¡qué escándalo!—  
¡Esto ya no se puede tolerar, esto es un escándalo!..»

Estos escándalos publicados y por todos reconocidos, no se corrigen nunca por lo visto; luego el escándalo es un mal irremediable, y un poder en el que se estrellan todos los poderes del mundo.

La autoridad persigue el escándalo hasta donde puede, lo encuentra gritando beodo en la calle y lo recoge para que no turbe la *tranquilidad* del vecindario.

Tiene para este escándalo la autoridad sobrados medios de correccion, pero para el escándalo de más pretensiones, por decirlo así, para el escándalo que corrompe las costumbres, que relaja los vinculos sociales y compromete la tranquilidad de las familias; para el escándalo de la ambicion y de la envidia y de todas las malas pasiones, no tiene la autoridad medio alguno de correccion....

Sería preciso que fuese enseñando la doctrina cristiana á los que no la saben y á los que la han aprendido y la han olvidado, se veria en la necesidad de enseñar al hombre la ciencia de conocerse á sí mismo, y la virtud,— que tales están los tiempos que el deber es virtud,—de no tener más aspiraciones que merecimientos, y la muy recomendable de la paciencia y la mansedumbre, y la obligacion en que todos estamos de respetarnos....

El escándalo ha llegado á tal extremo, que no hay medio de atajarlo, esta es la triste verdad....

Como los hombres corren tras él, él corre más que los hombres....

El escándalo tiene también sus héroes; hombres hay que deben lo que son á un escándalo.

Se busca la oportunidad para armar un escándalo, lo mismo que si se tratara de publicar un Almanaque, y sobre el escándalo se levanta acaso alguno que no tenía sobre qué caerse muerto.

En los cafés, al decir de los periódicos, se han vendido y la autoridad las ha recogido, fotografías obscenas.

Apuesto lo que VV. quieran á que el fotógrafo que las hacía tenía poco que hacer....

Los retratos de personas de vergüenza no le dejaban utilidad, y dijo:—¡Pues ahí van retratos sin vergüenza!»

Llamó en su ayuda al escándalo, y el escándalo, que anda siempre deseando hallar quien lo dé, aprovechó la ocasión.

Las fotografías fueron á presentarse al público,

Una sola fotografía de estas, un solo ejemplar, puede causar males sin cuento.

He aquí un gran triunfo del escándalo.

También ha recogido la autoridad algunos libros ofensivos á las buenas costumbres; estos libros son, como si dijéramos, las obras de texto del escándalo.

Entra un tuno con un libro de estos en la casa de una familia honrada, y es mayor el mal que si entraran ladrones á llevarse todo lo que en la casa hallaran de valor material.... Entre los ladrones más finos y el caballerito propagador de estos libritos, prefiero á los primeros.—El grillete que se aplica á los asesinos, debía sujetar á muchos que, con su inmoralidad y su



---

desvergüenza, viven entre nosotros, y entran en las casas honradas, y son considerados y hasta respetados....

Un ladrón con la ganzúa en la mano, con el rostro feroz y la mirada recelosa y el puñal en la faja, es ménos temible que un almibarado caballero, con la risa en los labios, la miel en las palabras y un libro de esos escandalosos en el bolsillo.

Basta de escándalo; esperemos que de Dios nos venga el remedio, porque de los hombres no lo debemos esperar.

---

---

## LA NOCHE-BUENA DEL DEMONIO

---

### I.

—Ven, me dijo una voz.

—¿A dónde? pregunté yo.

—Al infierno.

—Vayan él y toda su casta, repuse.

—No tengas miedo, que yo te prometo por mi honor, aunque no lo tengo, traerte sano y salvo á tu casa.

—Entonces, por curiosidad y por entrar en calor, seguiré á V.—Pero ántes, pase V. adelante, que yo vea quién es V. y qué tal facha tiene....

Y entró en mi cuarto un caballero bien vestido, un caballero como tantos que se ven por esas calles á todas horas del día, un hombre que lo mismo podia ser un ministro que un caballero de industria, lo mismo un embajador que un meritorio....

—¿Y quién es V? le pregunté.

—Yo soy el espíritu del siglo, el gran ministro universal: soy el demonio....

—Muy señor mio.

—Hace tiempo que ando suelto por España.

—Ya se conoce.

Y cuando no tengo cosa mejor que hacer, me dedico á desengañar á los hombres....

—¡Bonita ocupacion!

—Tengo yo precisamente mi gusto en todo lo que les puede contrariar.... Mortificar al prójimo es el placer de los hombres; y si los hombres tienen ese placer, ménos raro es que lo tenga el demonio, que al fin ese es su oficio....

—¿Y me quiere V. desengañar á mí?

—Nó; quiero que me sigas y observes.—Tú tienes un periódico, que es lo único de que carece el infierno, y á mí, de tanto andar por esta tierra se me ha pegado algo del afan de verme impreso; y ya que no me sea fácil escribir, me he propuesto inspirar á los que escriben.

—¡Ah! ¿conque es V. el que inspira á los que escriben para el público?

—A algunos, que otros son muy duros de mollera, y hacen el mismo caso de lo que yo les quiero inspirar, que de la carabina de Ambrosio colgada de un palo....

—Entónces V. será el que inspire muchos artículos políticos que se escriben.

—Yo mismo.

—Ya me explico tanto desatino y tanta solemne majadería como corren.



—Sobre política escribo, es decir, hago escribir muy bien.... ese es precisamente mi fuerte.... Los chistes chavacanos que avergüenzan á un marmolillo, las injurias, las personalidades.... todo eso es obra mia....

—¡Bonita obra!

—Con ella se entretienen los tontos y muchos que pasan por no serlo, y ella me ayuda poderosamente á llevar á cabo el magnífico edificio que estoy levantando, y que llegará no sé á donde.

—¿Está V. haciendo alguna Bolsa, alguna casa para Sociedad de crédito, alguna casa de moneda, algun cuartel?

—Nó, estoy haciendo el gran templo de los demonios.

—¿Los demonios van á tener templo?... Nunca he oido otra.... ¿Y bajo qué advocacion?...

—Bajo la de la *desmoralizacion*.

—¡Famosa patrona!...

—Culto le dan hoy las naciones cultas.

—¡Vaya una cultura!... ¿Conque á dónde vamos?....  
¿No me irá V. á hacer una partida serrana?...

—Nó, te doy mi palabra.

—No es gran garantía que digamos.

—Si no te fias, para que te persuadas de que he de volverte á tu casa, te dejaré aquí el rabo en prenda.... Ya ves si querré perder el rabo; un diablo sin él es lo mismo que un gobierno sin un periódico ministerial, que no se puede defender ni encuentra quien saque por él la cara.

—Acepto; déjeme V. el rabo.

Y levantándose el gaban por la parte posterior, se arrancó, presumo que se arrancó, un rabo ó cola, como VV. quieran, que dejó sobre mi mesa.

Y con esto salimos de esta casa de VV. y mia.

A continuacion doy á VV. cuenta de lo que ví.

## II.

—Necesito un destino de 6,000 rs. para un elector mio.

—No hay vacante.

—Se hace la vacante.

—¿Está dentro de la ley de presupuestos ese señor?

—Lo que él quiere es estar dentro del destino.

—Y ¿cómo hacemos?

—¿Es esa la lista del personal?... Vaya V. diciendo...

Ese no, que le recomendó el Obispo de.... ese tampoco, que le puse yo.... ese ménos, que es hechura de la marquesa de las Castañuelas.... ese, ese....

—Tiene cincuenta y nueve años....

—¿Para qué ha nacido tan pronto?

—Creo que es padre de familia.

—Eso lo es cualquiera.

—Solamente le falta año y medio para tener derecho á jubilacion.

—Bueno, bueno; ya le colocará otro ministro.

—Entónces.... queda cesante.... ¡Buena Noche-buena va á pasar el pobre!

—No comunicarle la cesantía hasta despues de Pascua.... ¿Conque hoy es Noche-buena?

—Sí, señor, este año no se conoce aquí; como no hay paga de aguinaldo....

—Esos malditos periódicos que todo lo cuentan.... Si se hubiese dado, figúrese V. que escándalo armarían....

—¿Cuándo examina V. todos esos expedientes, todas esas cuentas que están ahí pendientes de resolución?

—¡Hombre! deje V. pasar la Noche-buena.... En verdad que ahora me acuerdo de que comemos con el embajador de Móstoles.... y yo luego tengo que ir á cenar á casa de la marquesa del Pato.... Hoy no puedo ocuparme en ningun asunto.

—Todo está muy descuidado.

—¡Para lo que duramos!...

### III.

—Cuando venga de la Castellana, dí á la señora que esta noche no vendré á casa....—Si vienen á buscarme del Congreso, ó del Ministerio, ó del Casino, llevadme el recado á casa del conde del Pelo en punta, que allí celebramos la Noche-buena,

—¿Y los niños?

—Su madre dispondrá.

—¿Vino el señorito?

—Sí, señora, y dijo que le dijéramos á V. E. que celebra la Noche-buena en casa del conde del Pelo en punta.

—Está bien.—(¡Irá la baronesa!...)

—¿V. E. no sale?





—Sí, que pongan la berlina á las diez, que tengo cena en casa del marqués de la Heregía....

—¿Y los niños?

—Tú cuidarás de ellos, Rosa.

—Está bien, señora.—(¡Qué bueno! A las diez los meto en la cama.... y luego.... esta noche es Noche-buena.... Porque somos criados no nos hemos de privar de celebrarla.... Esta noche libertad, igualdad y fraternidad, como dice el escribiente del señorito.... Hasta la cocinera ha de cenar en nuestra misma mesa!... Por una vez al año no está mal que una doncella como yo eleve hasta ella á sus inferiores.)

#### IV.

—Esta noche es Noche-buena, marido mio.

—Déjame, mujer, déjame, que estoy dado á los demonios.

—Pero, hombre, en un dia como este....

—Calla, mujer, si hoy he perdido mil reales....

—¿Y qué te importa eso?... Todo el mundo dice que tenemos millones, es decir, que los tienes tú, porque yo....

—[Millones! ¡Millones!... Yo no tengo millones, ni miles.... Estamos pobres.... ¿oyes? estamos pobres....

—¿Cómo ha de ser!... Yo no te pido nada.... Manolito queria un tambor.... como ve que lo tiene el chico de la portera, que lo está tocando todo el dia....

—Manolito que se toque el tambor en la barriga....

—Inesita queria una zambomba y un nacimiento....

—¿Qué más nacimiento que el suyo?... No hay dinero, no hay dinero, ya te lo he dicho....

—Como prestas á todo el mundo....

—Oye, no gusto de que intervengas en mis asuntos.... ¡Presto! ¡presto! Por prestar á todo el mundo me veo yo así....

—Pues ¿qué ha sucedido?

—¿Qué?... que hoy he prestado diez mil reales.... no son míos, no creas.... son de un amigo.... y en lugar de poner en la escritura veinte mil, he puesto diez y nueve mil quinientos.... Ahí tienes quinientos reales de pérdida en un momento.

—Los perderá tu amigo.... Pero ganando nueve mil quinientos por diez mil, me parece que no es perder gran cosa....

—Tú no entiendes de eso.... Las mujeres no deben meterse en lo que no entienden.

—Y los otros 500, ¿cómo los has perdido?

—Los he perdido en la lotería....

—¿Habías jugado 500 reales?...

—No eran míos, no vayas á creer.... Estoy de un humor de dos mil demonios.... Comprendo que haya quien se quite la vida, porque si á mí me valiera....

—No digas blasfemias, no te quejes de tu suerte, y pide á Dios que te perdone....

—¿De qué me ha de perdonar?...

—Ahora que estamos solos, te lo diré bajito: de lo que robas....

—¡Voto á....

—No me amenes, miserable.... cobarde.... Soy tu mujer, y estoy resignada, por mis hijos, por mis pobres hijos, Dios los bendiga, que sin ellos, ¡cuántas veces habria maldecido ya la hora en que me casé

con un avaro!... Un consuelo tengo, el de que en mí no gastas nada.... Si pudiera no deberte ni el puchero miserable y el pan duro que como!...

—Mamá, mamá.... ¡esta noche es Noche-buena!...

—Sí, hija mia, Noche-buena es....

—¿Hay sopa de almendra, mamá?... ¿hay besugo?... Me lo ha preguntado desde la ventana del patio la criada de enfrente.... Y me ha dicho que papá es un...

—Ven, hija mia, esta noche no es noche de atracarse.... eso para otro día.... esta noche es noche de rezar á la Virgen....

—¿Y no cenamos?...

—Nó, hija; tu papá esta malo.... vamos á pedir á Dios y la Virgen que le pongan bueno.

## V.

—¡Pronto! un médico; ¡un médico!...

—¡Ay mujer, me muero!...

—Pero ¿qué te ha dado? ¿qué has hecho?

—¿Qué quieres que haya hecho?... Fuí con unos amigos.... como hoy es Noche-buena....

—Teniendo aquí cena....

—Hija, ya sabes que á mí me gusta más comer en los Andaluces.... ¿qué dolor de vientre tan grande!... pero si vieras qué besugo tan hermoso nos pusieron.... me lo comí yo solo....

—¡Qué barbaridad!

—¡Ay! ¡ay! ¡qué dolores! ¡qué angustia!... ¡Yo me muero!... También me he comido media langosta.... Pero ¿cuándo viene ese médico?... ¡Ay! ¡ay! ¡Dios



mio!... No puedo estar.... se me abrasa el pecho.... no puedo respirar....

—Aquí está el médico.... Por Dios, don Serafin, vea V. qué tiene....

—Algun atracon.... Ya le tengo dicho que una de esas bromas le ha de costar el pellejo.... ¡Ay! ¡ay! ¡ay! Pronto una sangría, sinapismos, ventosas, sanguijuelas, acónito.... A la cama, á la cama....

—¿Pero está tan mal?...

—Sí, señora, está muy mal.... la gula á su edad es el peor de los vicios....

—¿Pero será cosa de peligro?...

—Nó, señora, nó.... pero.... en fin.... yo.... posible es que.... Oiga V., señora, bueno será administrarle....

—¡Jesús! ¡Dios mio!

—Calle V. por Dios, que se va á asustar....

—¡Buen dia de Noche-buena!...

—¿Qué quiere V?... La Noche-buena no puede ser buena para quien se entrega á semejantes excesos.

—Vamos, señor doctor, recéteme V.... mire V. que estoy muy malo.

—¿Y quién tiene la culpa, amigo don Dimas?

—¡Hombre!... como hoy es Noche-buena....

## VI.

—Quiero leer otra vez la carta que escribo á mi madre.

«Madre mia, perdóname; voy á morir, porque he jugado y he perdido, y para pagar he cedido la casa que tenemos en el pueblo donde vives tú.... Esto es

robarte, pero mi *honor* me impedia aplazar el pago de una deuda de juego.... Tú la hubieras vendido para pagar mis locuras y salvar mi *honor*, pero yo no podria en mi vida levantar los ojos en tu presencia.... No me maldigas, madre mia.... Me he perdido en este laberinto con tantas entradas y tan pocas salidas, que se llama Madrid.... no he estudiado, no soy nada.... ¿Para qué quiero vivir?...

—¡Hijo!... ¡Dónde está mi hijo!....

—¡Jesús! esa voz.... es la de mi madre....

—La de tu madre, que viene del pueblo á pasar la Noche-buena contigo.... He aprovechado la ocasion de venir con trigo el tio Chinche.... y con él me he venido.... Déjame que te mire.... ¿Estás malo?... ¿Qué tienes?... ¡Mira, mira qué camisa!... ¿quién te repasa la ropa?... ¡Vaya un zurcido curioso!... ¿No me escribias que estabas tan ricamente?... Pues hijo, este cuarto es bien malo.... ¡Jesús! ¡si hace más frio que en el puerto!... A ver, á ver.... ¡una carta!... ¿Para quién era, bribon?... ¿Para alguna?... Mira que las mujeres somos muy malas....

—No la leas, madre....

—Pues si es para mí.... A ver.... Per....dóname... voy á morir.... ¡Tú!... ¿Por qué?...

—Porque soy un miserable.... pero ya nó, nó moriré.... He sido ingrato, pero yo trabajaré....

—Sí, hijo mio, sí, y yo tambien.... Aunque sea á lavar me pondré.... ¿Has vendido la casa del pueblo?... Me duele, porque era lo único que me quedaba; pero bien hecho está.... Lo primero es pagar lo que se debe.... viviremos juntos....

—Sí, sí.

—Trabajaremos.... yo aun estoy muy ágil.... aunque ya tengo los sesenta y seis cumplidos....

—Nó, no trabajarás, madre mia.... yo, yo seré quien trabaje....

—Bueno, pues tres duros traigo.... Esta noche es Noche-buena.... ¡Buena me la preparabas!...

—Perdon, madre mia.... Un espíritu maligno se habia apoderado de mí....

—El demonio, que se pone siempre junto á los hijos que viven léjos de su madre....

—Es verdad.

## VII.

—¡Ocho millones! ocho millones han depositado en mí honrados menestrales, modestos comerciantes, amantes padres de familia.... ¿y cómo respondo de ellos ahora?... Yo no devuelvo lo que tengo.... eso nó.... Me quedaria reducido á la miseria.... y aunque ya conozco la miseria, ahora no podria acostumbarme á ella.... Estoy resuelto.... comisionaré al hermano de mi mujer para que lo venda todo....

—Esposo mio, tú, con los negocios, no te acuerdas de nada.... Vengo á decirte que esta noche es Noche-buena.... Ya sabes que tenemos cena.... Hay que avisar á Farrugia, que nos envíe una cena magnífica.... Vendrán generales, banqueros, periodistas.... Ya ha llevado las esquelas el lacayo....

—Pues mira, esposa mia, esta noche no podemos tener cena....



—¿Por qué?...

—Porque nos vamos hoy mismo....

—¿A dónde?

—A París, á Lóndres, á Milán, á Roma, á viajar. Recógelo todo.... lo que aquí quede, tu hermano hará con ello lo que yo le diga....

—Pero.... ese viaje.... ¿á qué vamos?...

—A viajar, así lo exigen los negocios.

—¡A viajar!... ¡qué gusto!... ¿Y qué dirán los convidados?....

—Ahora mismo se les llevará aviso de que se ha suspendido la fiesta....

—Me comprarás muchas cosas en todas partes..... A Italia, á Italia me has de llevar, que ya sabes que yo no protesté contra el reconocimiento de Italia....

—Sí, sí, te llevaré á muchas partes....

—¿Cómo van á rabiarse mis amigas!

—(¡Infeliz!.... El lujo la deslumbra: no sabe que ese lujo me cuesta el honor.... No hay más remedio que huir.... Aquí la miseria, tal vez la cárcel.... Nó, nó, no tengo valor para resignarme á la suerte que yo mismo me he buscado!...)

## VIII.

—¡Eh! alto ahí, caballero.... La bolsa ó la vida.

—¡Hombre!...

—Necesitamos dinero....

—Y yo tambien....

—Esta noche es Noche-buena.... Quítese V. el gaban.

—Hombre, si me quito el gaban, ¿qué Noche-buena va á ser esta para mí?...

—Venga el dinero y el reló.

—Dinero.... ahí va.... doscientos reales, que acabo de pedir prestados para que mi mujer pusiera cena en casa.... El reló vayan VV. por él donde él está....

—¿Dónde?

—En el Monte de piedad.

—V. se burla de nosotros....

—Dale, dale tú para castañas....

—¿Hombre! no me gustan.

—Venga el chaleco.

—Vengan los pantalones....

—Pero, por Dios, que me voy á helar.... ¡Si viniera un sereno!

—En cuanto asome un sereno, le meto á V. media vara de este alfiler en la barriga.

—¡Ave María Purísima!... ¡Dios mio, que no venga el sereno!...

—¡Vaya! ya está V. listo.

—Ya lo creo.... Gracias por los calzoncillos y la corbata que me dejan VV.

—¿Va V. á ir por ahí abajo?...

—Sí, señores.

—Pues si encuentra V. á dos muchachos amigos nuestros, y le dicen á V. algo, dígales V. que ya va despachado por el Tuerto y el Cojo.... y no le harán á V. nada, ni le quitarán cosa alguna.

—Ya lo creo, como no me quiten el pellejo....

—Amigo, no hay mas que tener paciencia.... Esta

noche es noche-buena.... Si de aquí á su casa da V. una voz ó vuelve atrás la vista, cuéntese V. por muerto....

—Muchas gracias por todo, señores.

—Vaya V. en buen hora, don Canillas.... Expresiones á la parienta.

—Muchas gracias. Apreciará mucho el favor de VV.

## IX.

—Caballero, una limosna por Dios.

—Dios la ampare.

—Señora, una limosna para pan!

—No llevo suelto.... ¡Jesús! ¡cuánto pobre hay en este Madrid!... Esto es insufrible.

—Caballero, que no he comido....

—Mal hecho.

—(¡Se burla de mí!) Señora, ¿me dará V. una limosna?...

—Esta no es hora de pedir limosna....

—¡Es hora de morir de hambre!... ¡Hoy todos están contentos!... Acaso mi marido estará emborrachándose.... Dos años hace hoy que me abandonó por otra.... Todo sea por Dios.... ¡Esta noche es Noche-buena!...

## X.

—Que triste noche es esta para mí.... Por seguir á un amante abandoné hace seis años á mis pobres padres.... Tal dia como hoy nos reuníamos todos en la



—mesa... mi padre, mi madre, mis hermanos y yo.... Estoy cansada, fastidiada.... ¡Qué tranquila estaba yo entonces sin esta casa, sin estos muebles magníficos, sin vestidos ricos, sin joyas!... ¡Ah! ¡la maldita vanidad, el lujo miserable!... ¡Maldito sea el lujo!... Y ya no es posible volverme atrás.... Forzoso me es recorrer hasta el fin este camino de amarguras, esta senda de placeres, que son dolor, remordimiento y vergüenza.... Pero ¡qué ideas tan tristes tengo hoy!...

—Señora, la berlina ha venido.

—Pues péiname, péiname....

—Esta noche al teatro Real, ¿verdad, señora?...

—Sí.

—*La Correspondencia* dice que echan *La Traviatta*.  
¿Quién es *La Traviatta*?...

—Una pobre que se muere tísica.

—¡Jesús! ¡qué miedo! ¡Vaya unas cosas que echan ahora en los teatros para divertir á la gente!

## XI.

—Hijos míos, esposa mía, madre mía, ántes de empezar la cena, demos gracias á Dios por las bondades que nos ha dispensado, por la resignacion que nos ha prestado en la adversidad para ser constantes en el trabajo y en la práctica de la virtud, y por la humildad que, para reposo de la conciencia, nos ha dado en estos dias en que nuestra subsistencia está asegurada con la economía y el trabajo... ¡Bendito sea Dios, que á vuestra madre, á vosotros, hijos míos, y á mí,

nos ha hecho cumplir siempre nuestros deberes!... ¡Gloria al trabajo, principio de toda virtud, base y fundamento de todo bien!... No olvidemos nunca que hemos sido pobres, y tratemos á los pobres con el mismo amor, con la misma ternura y generosidad con que hubiéramos querido ser tratados en la adversidad.... Perdonemos á nuestros enemigos, si los tenemos, y pidamos á Dios por todos ántes que por nosotros, por la salud y la tranquilidad de la patria, y el amor y la concordia entre los hombres.

Y ahora dëcid conmigo:

—«¡En el nombre de Dios!...»

## XII.

—¡Rayos y truenos! dijo el demonio, mi acompañante.... ¡La Noche-buena de esta gente no es mi Noche-buena!... ¡Mi Noche-buena es la de los que se condenan.... ¿Quieres ver más?

—Muchas gracias, caballero, le dije; despues del último cuadro de familia que he visto contra la voluntad de V., no quiero recibir ninguna otra impresion.... Esa última es la que debo conservar toda la vida.

—Pues impresiones como esa me revientan.

—Pues á mí me encantan.

—Vamos á tu casa, dame el rabo, y buenas noches.

Le dí el rabo, se lo puso, no sé si con alfileres, y salió dándome un bufido.

• • • • •

Y me despertó la voz de un transeunte, que cantaba:

Esta noche es Noche buena  
y mañana Navidad,  
y vamos á armar la gorda  
y ¡viva la libertad!



## LOS VIVOS Y LOS MUERTOS.

---

Hoy es el día de los muertos.

Justo es que teniendo los vivos todos los días del año.... (para morirse), los muertos tengan cada año un día en que el mundo se acuerde de ellos.

Hoy vamos los vivos á la mansion de los muertos, como si dijéramos, á nuestra casa, con objeto de visitar á los muertos, que nos han precedido en el indispensable viaje á la Justicia de Dios.

Los que van hoy á ver los muertos, van á hacer esa visita, como pudieran ir á cualquier otra parte, por seguir la costumbre que hoy les manda ir á los cementerios, y el día de San Isidro á la ermita del santo, y el de San Eugenio al Pardo, á comer la sabrosa bellota, y el Domingo gordo á los bailes de máscaras....

Los que conservan en el alma el inmenso dolor de la pérdida de un sér querido, no van hoy á los cementerios, porque hoy allí no hay mas indiferentes á

curiosos, que van á leer los nombres inscritos en las lápidas, de los que recuerdan algunos por haberlos visto alguna vez en el mundo, y otros les son completamente desconocidos.

Hoy, el cementerio, el más sagrado lugar, la casa tranquila donde todos duermen, donde nada temen los unos de los otros, pierde toda su severidad, toda su melancolía... La vanidad profana hoy la mansion de los muertos, y la vida va á hombrearse con la muerte.

El muerto que más llama la atención, es aquel sobre cuya lápida han colocado más coronas y corazones de siemprevivas, y en cuyo honor arden más hachas.

Y si tiene, para cuidar su sepulcro ó para cuidar las luces, un par de lacayos, graves como la situación é indiferentes como el que más, entónces sí que los vivos se quedan con la boca abierta en contemplación de la nada.

Del muerto que no tiene luces, ni coronas, ni inscripciones, de ese nadie hace caso, porque, si sus mismos deudos no se han acordado de él en tan solemne día, ¿cómo han de acordarse los que no han tenido el honor de conocerle?...

Las niñas bonitas, llenas de vida, salud, alegría y esperanza, recorren las galerías de los cementerios, y cuando encuentran la lápida de una pobre niña que murió á los diez y seis ó diez y ocho años, exclaman:— «¡Pobrecilla!» y siguen su camino.

«¡Pobrecilla!» dicen, y ¿quién sabe si las pobrecillas son ellas, ellas, que compadecen á la que está en el cielo?

Verdad es que á esa edad las mujeres creen que el mundo es un cielo.

Allí va un empleado con no sé cuántos miles de reales de sueldo, con su mujer muy compuesta,—que bien necesita componerse para parecer algo,—y sus hijas, hechas dos estrellas, con sus cuernos correspondientes; de repente el jefe de la familia se detiene, y mirando una modesta losa colocada en el pavimento, exclama:

—«¡D. Juan Lopez! ¡Pobre hombre! yo le reemplacé en su destino.»

Y pasan sobre la losa él y la familia.

Y han de saber VV. que D. Juan Lopez era un hombre honrado, con muchos años de servicio, á quien dejaron cesante para dar entrada al caballero que pasa hoy sobre su sepulcro: el infeliz murió de pesadumbre, al verse injustamente despedido de su destino....

Su interesante sucesor no puede hacer mas que compadecerle, y sin embargo, al alma de aquel desdichado le inspirará más compasion el vivo que tan ufano y orondo se sienta á la mesa del presupuesto.

Allí está el sepulcro de un ministro; los parásitos del presupuesto pasan, sin quitarse siquiera el sombrero; verdad es que ya le hicieron bastantes cortesías cuando vivía, cuando podia repartir el maná.

Más allá se vé el brillante mármol que oculta el ataúd de una mujer hermosa, que fué en vida reina del buen tono y la elegancia, que tuvo suspendidos de sus ojos y de sus labios á no sé cuántos hombres; disputábanse sus miradas los sábios y los poetas, sus palabras eran como las de un oráculo para las emi-



nencias más políticas y diplomáticas, los tontos la contemplaban con la boca abierta, el guerrero más valiente temblaba su enojo, y el orador más fogoso y talentado consideraba miserable su elocuencia, comparada con la de aquellos ojos, en que brillaba el fuego sacro de la pasión y de la hermosura. Más hubiera querido algún ministro un sí de aquella boca purpurina que un sí unánime en una votación del Congreso....

Hoy nadie se acuerda de ella; las que envidiaban su talento y su hermosura, se afanan por imitarla, y sus satélites han buscado ya otro planeta.

Allí está la tumba de un niño, de un ángel que no hizo más que tocar en el mundo con las alas y volar al cielo.

Nadie se detiene á contemplar este sepulcro.

Como que la inocencia suele ser sinónimo de tontería en el mundo.

Allí está la tumba de una mujer asesinada materialmente por un hombre, y moralmente no se sabe por quién.

Aquella muerta ha dejado á un pecador una herencia horrible: el remordimiento.

Es seguro que este pecador no irá al cementerio hasta que le lleven; en aquella lápida donde los demás ven un nombre nada más, ¡qué de horrores vería él!... aquella lápida se le convertiría en un espejo donde se reflejaría el infierno de su conciencia.

¡Qué envidia debe tener el asesino á la víctima!

¡Qué hace aquel grupo enfrente de una lápida, adornada de cintas, ramos, coronas, guirnaldas, cifras, etc., etc?

Es que como lo cómico se ha de ver siempre al lado de lo sublime, delante de la lápida de un muerto ha colocado alguno de sus deudos, quizá el heredero de su fortuna, unos versos disparatados, obra de algun poeta de portal, unos versos acrósticos y pentacrósticos dignos de *El Piston*, papelucho que acaso habrá tenido á la vista el autor.

Dejemos que la gente se ria del autor de los versos, y sigamos á aquel matrimonio elegante y embellecido con toda la apariencia de la felicidad, con el reflejo de la luna de miel.

Hablando van ella y él de su amor, de sus esperanzas; de pronto ambos se detienen enfrente de dos sepulcros: en uno de éstos se lee el nombre de una mujer; en el otro el de un hombre;—este hombre fué el primer amor de la recién casada; aquella mujer fué la primera esposa del recién casado. La casualidad ha unido las sepulturas de aquellos dos seres.

La esposa no dice al esposo que aquel nombre pertenece á su amante, y el esposo calla tambien que en aquella tumba se encierra la mujer que fué un tiempo su compañera.

Abandonamos á un filósofo que esté más despacio que nosotros las consideraciones que se desprenden de este par de casualidades.

En aquel extremo del cementerio, donde no hay embaldosado, donde la humedad es malsana, donde no crecen árboles lozanos, ni odoríferas plantas, donde está la madre tierra en toda su desnudez y en toda su verdad, se ve una mujer arrodillada, á la que no llegan los curiosos del cementerio; á alguna distancia

la contemplan inmóviles, tristes, los hijos del sepulturero y el sobrinillo del sacristan, que ya la conocen, porque todos los días la hallan en aquel sitio.

¿Quién es aquella mujer?

Es una madre, que sabe que cubierto por aquella tierra está su hijo.

Para las madres que han perdido sus hijos, todos los días del año son de tristeza y llanto.

Y como va cayendo la tarde, y el vientecillo es muy fresco, y es preciso cuidarse, la gente se aleja del cementerio, y el cementerio vuelve á su solemnidad y á su elocuente silencio.

De los que hoy visitan los cementerios, algunos se habrán guarecido en ellos el año próximo.

Y ahora, ¿qué hacemos? ¿adónde vamos?

A comer buñuelos.



## LOS POBRES

## EN LA PUERTA DE LA IGLESIA.

Los que se dedican al oficio de pobres, ora por falta de vista ó de manos, ora porque no encuentran cosa mejor á qué dedicarse, autorizados competentemente para pedir limosna, piensan ante todo en elegir un buen punto, por donde pase mucha gente, y haya por lo tanto, más probabilidades de ganancia.

Las plazas más solicitadas son las de las puertas de las iglesias.

En las iglesias entra mucha gente, y la idea de la religion es hermana del sentimiento de la caridad. Cuando la gente sale de misa, despues de haber rezado devotamente, ó de haber oido el sermon en el que se recomienda el amor al prójimo, y se encarece el amor de Dios á los pobres, no hay duda que nadie ve con indiferencia las escuálidas manos que alargan seis ú ocho pobres, suplicando una limosna por amor de Dios.

El que no da limosna, es por que no lleva dinero ó porque no lleva suelto, que en pocos países es tan comun el sentimiento de la caridad como en este tan calumniado.

Los pobres saben esto, y para ellos lograr un sitio en la puerta de una iglesia, es, pongo por caso, como para el redactor de un periódico ministerial lograr una direccion ó una subsecretaría.

Acompáñeme el lector, si quiere, á la puerta de una iglesia, donde á las diez empezará la funcion solemne, y pasaremos un rato entretenidos con ver á los pobres.

Dos horas ántes llegan los pobres, que podremos llamar de número, ó de planta, es decir, los que tienen plaza fija. La primera que llega es una mujer, con la cara liada en trapos, no sé si porque está enferma ó porque lo quiere parecer, que trae en una mano un palo y en la otra una silla de tijera, en la que se sienta. Como todavia no hay nadie, saca la caja de rapé, toma un polvo, se suena despues, luego cuenta los cuartos que trae en el bolsillo, saca unas anti-parras verdes y se las pone, y alarga la mano al ver que entra una devota, y dice:

—Devotos y devotas de las Once mil Vírgenes, ¿quién me manda rezar un Padre Nuestro?... Padre Nuestro que estás en los cielos.... Dios se lo pague, añade, interrumpiendo la oracion, y al sentir que cae en su mano una moneda....

Entra la devota en el templo, y la pobre, mirando la moneda, exclama:

—¡Un ochavo! ¡Bien empieza el dia!... Todos los

que vienen temprano á la iglesia traen el bolsillo lleno de ochavos. ¿Qué creerán que se puede comprar con un ochavo?—Mucho se madruga, señor Pepe, añade saludando á un ciego que viene á colocarse cerca de ella.

—Buenos dias, señá María, contesta cortésmente el ciego. Pues más ha madrugado V.

—Es que hoy me he mudado de casa. La Tuerta queria que le diera una peseta más al mes, porque el casero le ha subido el cuarto, y yo he cogido y me he mudado, porque al cabo de tres años que vivíamos juntas, ya ve V., que salirme con esa embajada....

—Y ¿á dónde se ha ido V?

—A las Peñuelas, en casa del Romo, que es una casa de huéspedes de forma, que allí vive un matrimonio, que él pide en San Millan y ella está para asistenta ó para lo que se ofrece, que tiene buenos conocimientos, y en una parte la llaman para que friegue los suelos y le dan una peseta, y en otra la llaman para amortajar y le dan medio duro, y así pueden darle al Romo dos reales diarios.... eso sí, tienen lo principal de la casa y una ventana al patio, que aquello es un coche parado.... San Caralampio bendito les preserve de verse como está esta pobre impedida....

—Una limosna á este pobre ciego.... Santa Lucía bendita les conserve la vista.

Es que entra un devoto que echa en la mano de la mujer una moneda, diciendo:

—Para los dos.



—Dios se lo pague y le dé mucha salud, dice la impedida.

Y el ciego, acercándose más, pregunta á la *señá* María:

—¿Cuánto ha dado?

—¡Toma! dos cuartos.

—Mire V., *señá* María, yo soy ciego y no veo, y fio en V....

—¿Ya empieza V. con su escama?... Que no me mueva de aquí si me ha dado más de dos cuartos..... miento, es una décima.

—Entónces me tiene V. que dar un cuarto y un ochavo.

—Yo por dos cuartos los he tomado.

—Una décima tiene más de dos cuartos.

—Nó, señor, por dos cuartos las dan.

—Pues nó, señora, cuatro décimas son un real.

—Justo, ocho cuartos.

—Y medio.

—Vaya, tome V. un cuarto, si lo quiere, ó si nó, luego á la tarde ajustaremos cuentas.

—Nó, señora, nó, que luego, con la mejor intencion, se olvida, y yo no quiero trabacuentas.

—Tome V., hombre, que parece que está V. tratando con.... Padre Nuestro, que estás en los cielos...

—La Virgen Santísima le conserve la vista .. Pobre ciego, hermanitos, sin poderse valer.... ¿Le han dado á V., *señá* María?

—Nó, señor, V. cree que á mí me dan el oro y el moro... ¿Con cuánto le parece á V. que me fui ayer?

—Yo con diez cuartos.

—¡Bah! no me venga V. á mí con esas.... Lo ménos sacó V. ayer seis reales....

—¡Jesús! ¡seis reales! en otros tiempos, no digo que nó.... Cuando me ponía á la puerta de las Calatravas, habia dia que me iba con veinte ó veinticuatro reales; como allí va tanto señorío....

—Ya viene la Tartajosa con los chicos....

—Pues haga V. cuenta que ya no cogemos un cuarto, porque entre ella y los chicos se lo llevan todo.

—Bu .... bu.... buenos días seña Ma.... Ma.... Mamaría....

—¡Jesús! ¿tambien trae V. á los chicos?...

—¡Por qué no los pone V. en la escuela?...

—Por.... por.... porque no... me.... me.... me da la ga... ga... gana.

—Eso sí, es V. muy fina...

—Esta.... po... po.... pobre viuda.... con.... con... tres.... hi.... hi.... hijos....

—Una limosnita, que tengo á mi madre viuda....

—Señorita, para mi madre, que no lo puede ganar....

—Este pobre ciego.... que no se vean en semejantes trabajos.... (¡Nada! todo se lo llevan los chicos.) Calla, chico no te pongas aquí, que creen que soy tu padre, y te dan por eso....

—Mire V. póngase V. á los chicos á su lado....

—¡To... to... to... toma! La calle es de to... todos.

—Vír.... vír.... vírgen del Cár.... Cár... Cármen... De.... de.. devotos... una li... li... limos... mos... mosna á esta po... po... pobre... pa... pa... para.... paralíti... titítica...

—¡Jesús! ¿quién le ha enseñado á V. esa pa... pa... palabra?

—San Antonio y Santa Lucía... Tengan VV. compasión de este pobre ciego.

—Señorita, este pobre huerfanito...

—Caballero, una limosnita para mi madre, que se ha muerto mi padre en el *hospital*...

—Para los tres, dice uno dando á la Tartajosa una moneda de medio real.

Y empieza la cuestion. La Tartajosa niega al principio que le haya dicho el devoto que para los tres; pero el ciego siente crecer la yerba, y á buen oido no le gana nadie, y sostiene que el devoto le ha dado para los tres. Lo mismo dice la *señá* María, y al fin, la Tartajosa confiesa que, en efecto, dejó el devoto *para los tres*; pero afirma que, al decir *para los tres*, se referia á ella y á sus dos hijos. Ni la impedida ni el ciego se conforman con esta suposicion, y afirman que los chicos no entran en la cuenta, y el ciego dice que va á dar parte á la autoridad, ó al señor cura, y la impedida ofrece arrancar el moño á la Tartajosa, y ésta no tiene más remedio que largar un cuarto á cada uno de sus compañeros, no por escrúpulo de conciencia, sino por evitar escándalo, porque si no, pronto la echarán de allí los civiles, y no quiere perder el punto por dos cuartos.

—¡Don Gabino! exclama la impedida, viendo llegar á un anciano.

—¡Don Gabino! dice el ciego.

—Don Ga.... ga.... bino.... bino.... dice con mucho trabajo la tartamuda.